

# XI RAU

LILIA SOLÓRZANO ESQUEDA

PEQUEÑA GALERÍA DEL ESCRITOR HISPANOAMERICANO



---

XIRAU

---

# PEQUEÑA GALERÍA DEL ESCRITOR HISPANOAMERICANO



EDICIONES LA RANA

UNIVERSIDAD DE  
GUANAJUATO



GALERÍA DE  
ideas y  
letras

Lilia Solórzano Esqueda

---

# XIRAU

---

UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO

*Xirau*

Primera edición, 2020

D.R. © *Del texto:*

Lilia Solórzano Esqueda

D.R. © *De la presente edición:*

Universidad de Guanajuato, Lascaráin de Retana 5

Centro, C. P. 36000, Guanajuato, Guanajuato

D.R. © *De la presente edición:*

Ediciones La Rana

Instituto Estatal de la Cultura de Guanajuato

Callejón de la Condesa núm. 8

Centro, C. P. 36000, Guanajuato, Guanajuato

Todos los derechos reservados. Se prohíbe la reproducción total o parcial de la presente obra, a través de cualquier medio, sin el consentimiento previo del editor.

Este trabajo se escribió gracias al apoyo otorgado por DAIP UG al proyecto “Variaciones de lo crepuscular en la literatura hispanoamericana”.

ISBN volumen: 978-607-441-821-7

ISBN obra completa: 978-607-441-767-8

Editado en México

*Edited in Mexico*

## *Contenido*

<i>Presentación</i>	9
1. “Mientras se está aquí, se está aquí”. El viaje obligado	17
2. La herencia del padre	27
3. Joaquín, el hijo	43
4. El tiempo vivido	49
5. Algo sobre su poesía	57
6. Las ciudades entrañables de Xirau	87
<i>Alguna bibliografía de Ramón Xirau</i>	99
<i>Referencias</i>	101
<i>Sobre la autora</i>	105



## *Presentación*

HAY TEMAS, PERIODOS O PERSONAJES QUE SE convierten en asideros de los investigadores. Puntos de arranque o de reflexión que parten de un cariño o un apego, de una seducción o una intriga, pero que, a menudo, se convierten, poco a poco, en una especie de obsesión que acapara el tiempo y la tinta de quien se vierte sobre ellos. Poco antes de la mitad del siglo xx, el mundo se encontraba secuestrado por los actos violentos de la Segunda Guerra Mundial; cuyas secuelas fueron palpables en España con el desarrollo y término de la Guerra Civil, con el triunfo de Francisco Franco y el comienzo de lo que a la postre se conoció como el franquismo, uno de los periodos más oscuros en la historia de ese país. La dictadura obligó a que muchos de los que se oponían al régimen abandonaran España junto con sus familias y

amigos. La diáspora o el exilio, precisamente, provocó que no una pequeña cantidad de intelectuales buscaran asilo en México. A iniciativa de Daniel Cosío Villegas, y con el visto bueno del presidente Lázaro Cárdenas, las puertas mexicanas se abrieron y así comenzó el exilio español en nuestras tierras. La estela del acto se puede apreciar ahora en las empresas que estos exiliados ayudaron a erigir o fortalecer: El Colegio de México (antes la Casa de España en México), el Fondo de Cultura Económica, la Universidad Nacional Autónoma de México o el Instituto Politécnico Nacional; además, la producción artística y literaria que se produjo en nuestra tierra no fue escasa ni poco significativa. Este último es uno de los derroteros que ha tomado Lilia Solórzano en sus pesquisas crítico-literarias. En su primera colaboración en el número décimo tercero de esta colección se enfocó en la obra poética de Tomas Segovia, otro español arraigado en México que ha calado, y sigue calando, hondo en su carácter como lectora. Esta nueva entrega no se aleja de aquella y persigue y delinea los intereses, relaciones y viajes de otro mexicano-español condenado a ese “viaje obligado”: Ramón Xirau.

Este ensayo encarna lo que el concepto mismo de ensayo engloba: es un esbozo en el que la voz propia se presenta. La aproximación a la vida y obra de Xirau es un acercamiento íntimo, personal, pero que seduce e invita a sumergirse a los lectores en la obra de este escritor. Lo cual no es extraño ni hiperbólico, porque, desde las primeras líneas, Lilia Solórzano nos lleva a seguir el éxodo que enfrentó Xirau, con todas las peripecias, logros y pérdidas que se fueron dando en su trayecto de España a México, pero también nos confronta con las ideas y las reflexiones de una vida que se encuentra obligada a huir y estar en un lugar que no es el suyo, pero que se convierte, a fuerza de tiempo y experiencias, en un segundo hogar. Y al hacerlo, la investigadora nos muestra destellos de una vida turbulenta que, sin embargo, encontraba un punto de apoyo, o de escape, en la palabra. Pues, como bien apunta, “el arte, dimensión simbólica del hombre, es la diamantina transparencia, su confrontación con la verdad sin mediaciones entre la realidad y lo pensando y lo expresado”.

La brevedad y naturaleza de este libro prefiere dirigir la mirada curiosa por nuevos senderos más que dictaminar verdades. Los

brincos entre temas y personas responden más a una inquietud por descifrar una manera de pensar y estar en el mundo del escritor de *Palabra y silencio* que, a final de cuentas, queda como incógnita. Sin embargo, lo que nos ofrece Lilia Solórzano en esta entrega es precisamente eso que se ha propuesto desde un inicio esta colección: acercar a los nuevos lectores a las obras de los escritores que aquí se presentan. Así, algunos apreciarían los aspectos biográficos que se trazan, otros más las reflexiones filosóficas y no pocos se decantarán por ese apartado dedicado a la poesía, ese lugar misterioso que suele englobar todo. No cabe duda que la amabilidad de esta lectura y los caminos propuestos en ella inclinarán la mirada a la obra de este otro escritor “trasterrado”.

Por ello, no sobra repetir, una vez más, las palabras de Asunción Rangel, coordinadora de la Pequeña Galería del Escritor Hispanoamericano, las cuales han servido para abrir todos los números que esta colección: “La Pequeña Galería del Escritor Hispanoamericano pertenece al proyecto de excelencia académica de la Universidad de Guanajuato denominado Galería de Ideas y Letras. En él, *habitan* la PEGH, la Pequeña Galería del Pensamiento y

la Pequeña Galería de la Cinematografía, sin olvidar a su contrapunto —por el formato de estos “libritos”—, llamado *Aguafuerte*.

El número de los cómplices que han hecho posible el surgimiento de estos “libritos” —dedicados a los escritores, a los filósofos y al cine—, crece, como ha crecido la Pequeña Galería del Escritor Hispanoamericano, que llega a su décimo novena entrega. Estas colecciones tienen, como Benjamin, predilección por lo íntimo, por los pequeños objetos que le revelan al curioso un cariz insospechado, un respunte inadvertido: algo que siempre ha estado ahí pero que nunca hemos reparado en apreciar. Llamarle *Galería*, obedece al origen de la propia palabra. Del latín *galilaea*, que quiere decir pórtico, atrio, estas galerías son la entrada, para el extranjero, para el que no conoce, a la obra de escritores, ensayistas, filósofos y cineastas. De tal suerte que quien tiene en sus manos alguno de los ejemplares de las *Pequeñas Galerías* podrá encontrar una invitación, amena, desprovista de todo lenguaje especializado, a la lectura o a la visita a las obras del creador en cuestión. Cabe decir, al respecto, que los autores de cada uno de los libros —o “libritos”— son académicos que conocen en profundidad

el estado de la cuestión y la obra del creador o pensador del que se ocupan, pero, además, escriben sobre ellos con un lenguaje afable, llano, sencillo y sobre todo amoroso. Se trata de volver a las cosas sencillas, como diría Jorge Luis Borges.

El objetivo que hace años se trazó la Pequeña Galería del Escritor Hispanoamericano, ahora es ratificado por todas las colecciones del proyecto Galería de Ideas y Letras. Para finalizar me referiré a él: El título de la colección proviene o está inspirado —en el sentido etimológico de la palabra inspiración, compuesta del verbo latino *spirare*: respirar— en el ensayo de Walter Benjamín “Pequeña historia de la fotografía”. Creemos, quienes participamos en esta colección, que la escritura sobre las obras literarias no debe ser un encorsetamiento, sino un respirar, un inspirar; esto es, como la misma palabra *inspiración* lo indica en su acepción etimológica, a lo que se refiere a la necesaria iluminación del espíritu, previa a cualquier acción humana”.

ERNESTO SÁNCHEZ PINEDA





1. “Mientras se está aquí, se está aquí”.  
El viaje obligado

*Está triste hoy el mundo  
y los jardines son idénticos,  
ayer mañana hoy.*

RAMÓN XIRAU

CUANDO ME PREGUNTABA CÓMO HABÍA VIVIDO realmente el adolescente Ramón Xirau el viaje obligado de la España de 1939 a México, casi al término de la guerra civil, encontraba entre sus declaraciones y documentos referencias a esa circunstancia como algo que así había sucedido; como no queriendo resaltar más de la cuenta el evento. Pero, véase por donde se le vea, una experiencia de exilio, de salir de forma intempestiva y corriendo de nuestra

casa, es catastrófica. Cimbra todos los cimientos. Quiebra todo: familias, pasados, ancestros, historias, voluntades. Había algo que no me parecía adecuado del todo con la gravedad de un evento así, tan radical en varias aristas. O por lo menos así lo consideraba yo. Las expresiones directas del poeta y filósofo no me parecían suficientes –y espero se me disculpe la rudeza de esta intromisión, quién soy yo para interpretar tal o cual actitud de la vivencia de otra persona–; no en el sentido de referirse a ese vendaval arrasador. Leyendo un artículo suyo sobre Venecia, publicado en 1969, me he topado con su “experiencia” sobre la historia:

lo que entendemos mejor [de un evento que ya pasó] es lo que actualizamos, lo que hacemos nuestro, como actualizamos y hacemos nuestros a un poema, un cuadro o una estatua. La comprensión de la historia es aproximativa; se llega a ella por un doble proceso de situarnos hipotéticamente en el pasado y de saber que este pasado se va recreando aquí y ahora para nosotros, en el presente [...] Reflexionamos siempre ahora (1993: 45).

Alcanza a vislumbrarse que con esta profunda reflexión las cosas toman otra densidad. Revisitar la experiencia de ese pasado que se actualiza en el poeta y filósofo catalán-mexicano como una historia viva en su escritura, es una de las constantes en su vida y en su obra.

Sabemos que Xirau nació en Barcelona en 1924 y que se llama Ramón como el abuelo paterno. Durante los veranos, a su casa, en Cadaqués, solía llegar con frecuencia la familia Xirau-Subías. Esa casa, esas playas son parte de la memoria que lo arraiga; además, es muy posible que ese sitio en su conciencia sea el que le lleve a desarrollar uno de sus conceptos filosóficos centrales: la presencia. Xirau arribó a México el 5 de septiembre de 1939, según se anota en la cartilla expedida por el Servicio de Migración, a la edad de 15 años y como parte de las miles de personas obligadas a dejar su país luego del triunfo del franquismo. Entró al país junto con su padre Joaquín Xirau, su madre Pilar Subías, el tío Joan y algunos amigos de sus padres. En la cartilla se pone:

Se expide [la cartilla] el 8 de septiembre de 1939 a Ramón Xirau Subías cuya legal estancia en México queda comprobada con esta tarjeta

[las fotos ovaladas, de frente y de perfil, sujetas con sendas grapas y selladas el 9 de septiembre. Abajo la firma del migrante. Una R. y el apellido “Xirau”] ... quien entró en México por Nuevo Laredo, el 5 de septiembre de 1939. Aceptado en calidad de asilado político como inmigrante por un año refrendable a juicio de esta Secretaría (Xirau, 2011: portada).

Luego, en la segunda mitad del lado derecho de la pequeña credencial se anotan los datos de la “media filiación”: “Constitución física: delgado. Estatura: 1.70 cm. Pelo: negro. Ojos: cafés oscuros. Mentón: ovalado. Barba: rasurada. Señas particulares: ningunas. Edad: 15 años. Estado civil: soltero. Ocupación: estudiante. Idioma nativo: español. Habla: catalán. Lugar y país en que nació: Barcelona, España. Nacionalidad actual: española. Religión: católica” (2011: portada). En la foto se ve un joven serio, más allá de ser un retrato para asuntos oficiales. No parece contar con 15 años. Parece mayor. Un joven obligado por las circunstancias a presentar una mirada atenta y profunda, de ojos hundidos. Como si no hubiera tiempo para juego o para chanzas. Una mirada seria de funeral. Es curioso. Contrastando esta cara

de joven con la cara sonriente de anciano, de adulto mayor a sus 80 y tantos años hay algo chocante: uno pensaría que lo natural o normal debería ser al revés: la juventud suele ser la etapa de la vida en la que privan la despreocupación y la risa, la aventura y el desenfado. Aristóteles señalaba en su *Retórica*:

[Los jóvenes] no son de mala índole, sino de buena índole, por no haber contemplado aún muchas villanías; y son crédulos, por no haber sido aún engañados en muchas cosas, también esperanzados. Pues como los violentos, así son ardientes los jóvenes al influjo de su naturaleza; y al mismo tiempo también por no haber sido desafortunados en muchas cosas. Y viven con esperanza la mayor parte de las cosas. Puesto que la esperanza es del futuro y el recuerdo del pasado; y para los jóvenes el futuro es mucho, el pasado, en cambio, breve. Y son fáciles de engañar a causa de lo dicho (pues fácilmente esperan), y son demasiado audaces (pues son irascibles y esperanzados, de estas cosas la una los hace no temer, la otra tener confianza; pues ni teme nadie airado, y el esperar algún bien da confianza); y son pudorosos (pues aún no entienden otras cosas hermosas, sino que sólo

están educados al influjo de la costumbre); también son magnánimos (pues aún no han sido humillados por la vida) (2002: 101-102).

Una larga cita del Estagirita donde con su agudeza acostumbrada hace recuento de todo aquello que caracteriza la llamada “edad dorada”. Y sí, se supondría que ese es un orden natural, la biología y la psique impulsa a la juventud a las empresas arriesgadas, al entusiasmo por las cosas, por la vida. Embriagarse de vida y de amor serían las improntas de esa juventud ideal. Pero me pregunto cómo toman todo esto los jóvenes que se ven apuntados con un arma, o los que son testigos del derrumbe de una casa por una bomba. Qué pensarán de esta descripción hermosa de la juventud los muchachos y muchachas que padecen hambre o miran en sus semejantes el enflaquecimiento hasta los huesos; que ven la desesperación de los padres por proveerles de un sitio seguro, por alejarles de las balas, del frío, de la angustia, del odio que todo lo carcome y mancha. En estos muchachos de la guerra, la candidez no encontró asidero y la esperanza por poco les pasa de largo. No hubo un orden natural, y parece que el mismo se ha ido desvaneciendo como mera

promesa; el desequilibrio y descentramiento han ido adquiriendo carta de naturalización a lo largo del siglo xx y lo que llevamos del xxi. España fue el primer experimento del horror de la segunda guerra mundial.

Volviendo a Aristóteles, en oposición a la caracterología anterior, describe a las personas de edad avanzada con una serie de rasgos de personalidad y anímicos, no todos favorables y algunos muy desalentadores:

Los ancianos, en cambio, y que han envejecido, tienen caracteres, en su mayoría, casi de cosas opuestas a éstas. Pues por haber vivido muchos años y en más cosas haber sido engañados y haberse equivocado, y por ser malos los más de sus acontecimientos, ni afirman nada con seguridad, y todo admiran menos de lo que conviene. [...] Y hesitantes siempre añaden el quizás y tal vez; y así dicen todo, pero nada con firmeza. [...] Y viven más con el recuerdo que con la esperanza; pues de su vida, el resto es poco y lo transcurrido mucho; y la esperanza es ciertamente del futuro, mas el recuerdo, de cosas pasadas (2002: 103-104).

Es cierto que en los ojos del joven Xirau no está todo el conjunto un tanto desagradable que compone Aristóteles, pero sí se adivina una inocencia robada, una esperanza disminuida, un algo de incertidumbre. La maldad ya había enseñado los dientes. En aquel poema de juventud perdido que hablaba sobre un bombardeo a Barcelona, Xirau recuerda esta imagen: “Como águilas que se lanzaban hacia su presa/ trajeron muerte y crimen...” (Secretaría de Cultura [en línea]). Pero tuvo que aprender a entender la esperanza, a hacerla y gestarla. Al llegar a México, la claridad y rotundidad de su padre fue una ayuda inmejorable. Él les dijo: “mientras se está aquí se está aquí, y luego ya veremos”; con esto quería decir que el pasado: su tierra, su playa, su aire, sus amigos, sus campos, su lengua, sus bosques, su vida seguía ahí en cada gesto, en cada palabra, en cada respiro, en cada acto cotidiano. Xirau hizo suyas las palabras del padre. No se ponía el pasado en un paréntesis, no se ponía la existencia en suspenso a la caza de un retorno probable. Todo lo pasado era parte de uno mismo, así como el presente y las esperanzas del futuro como inminencia, como algo que está en un no-tiempo

para volverse tiempo vivido, una experiencia concreta.

Xirau, el exiliado adolescente, no correspondía a esa categoría que tuvo que inventarse, terrible en su significado: los “Niños de Morelia” o “Niños de la guerra” llegados al país en el barco francés *Mexique*, desde Burdeos a Veracruz, en 1937. A raíz de los bombardeos a España por parte de los aliados de Franco, se tuvieron que evacuar miles de menores a distintos países: Francia, Inglaterra, Bélgica, Suiza, Dinamarca y México: “Durante la guerra fueron evacuados unos 30.000 niños. Se calcula que en junio de 1938 había en Francia unos 11.000 menores. El éxodo de principios de 1939 llevó al exilio a cerca de 70.000 niños” (Unión General de Trabajadores de España [en línea]). A México arribaron 451 niños.

Xirau siguió el exilio junto a su familia. El joven atravesó el mar, un mar motivo constante en su poesía y un mar circunstancia de vida: primero, por su nacimiento y adolescencia; segundo, por esa obligada y enorme travesía del Atlántico después de dejar su tierra y su raíz. Una parte entrañable de Ramón Xirau pertenece al mar, sus veranos infantiles iba a Llansá –la Costa Brava– a casa de la abuela

materna y otros al golfo de Rosas, en el Ampurdán. Dice Xirau que la Ampurias, la vieja Emporiai, es la Grecia catalana. Recuerda los viajes a esas playas con su padre, en ocasiones acompañando al amigo íntimo de este: el arqueólogo Pedro Bosch-Gimpera, quien hacía estudios en la zona, y los hijos de Bosch, Pedro y Carlos, parte de su corazón lo mismo que aquellos lugares. Cuenta cómo “a veces los pescadores de Cadaqués rescataban ánforas griegas en sus redes. Las había en casa. También en casa una pequeña hermosa Venus griega, hoy perdida [1981]” (2015: 325). La primera presencia del mar es una alegría de vida: la familia y la infancia; el origen. La segunda presencia se impone como herida: el trayecto forzado. Dice el filósofo poeta: “Venir a México, este México, ya hace tiempo mío, nuestro México. Fue al principio, hay que decirlo, un nuevo exilio” (1995: 4), se refiere a que a los 14 años había sido “sacado” de España para estudiar en el Liceo Francés en Marsella con el propósito de aprender la lengua y, seguramente –al fin, padres amorosos y afligidos–, con la prudente intención de alejarle un poco de los conflictos del país.

## 2. La herencia del padre

*Seré un corazón en la sombra*

CARLES RIBA

PARA HABLAR DE RAMÓN XIRAU, DE SUS IDEAS y de su vida, no sobra hablar un poco del padre, Joaquín Xirau Palau. Filósofo catalán, era un profesor ya reconocido en Barcelona, con encomiendas de representación importantes por el presidente del Consejo de Ministros del gobierno de la República, Juan Negrín; diligente y fervoroso discípulo de las directrices de la Institución de Libre Enseñanza, aquel núcleo liberal de renovación pedagógica debida a Francisco Giner de los Ríos. De su padre, dice Xirau, era

Riguroso y entusiasta había sido un gran maestro [...] en París, en el Cambridge de Inglaterra –en ese país coincidió con Jorge Guillén, profesor de Oxford– y, naturalmente en Mascarnes. En Barcelona había tenido por discípulos a Jorge Maragall, Josep Calsamiglia, Undina, Rubert de Ventós el padre, Eduard Nicol, Ferrater [Mora], Gómez. Los veía en la Universidad pero principalmente en su casa como habría de hacerlo con sus discípulos de México. Entre ellos: Leopoldo Zea, Emilio Uranga, Bernabé Navarro, William D. Johnson [...] enamorado de un Vasco de Quiroga, de un Sahagún, fue ante todo un filósofo del amor o, si se quiere de *Logos y Eros* (1995: 8-9).

Hay que recordar que su padre era un intelectual republicano que, en alguna ocasión, tras haber sido designado para acudir a los congresos de Estética y el IX Internacional de Filosofía titulado “Congreso Descartes”, donde Edmund Husserl dio a conocer las célebres “Meditaciones cartesianas” en París en 1937, buscó a su maestro José Ortega y Gasset para manifestarle que tal deferencia le correspondía naturalmente. Ramón Xirau rememora algo de esto:

[mi padre] viajó para convencer a Ortega [y Gasset], que había sido su maestro, en años madrileños y estudiantiles. No logró convencerlo. Decidió entonces aceptar la representación de la República. Recuerdo cómo juntos, mi padre, mi madre [Pilar Subías] y yo visitamos aquel pabellón de la República española en la Exposición Universal de París, obra de [José Luis] Sert, donde se veía el surtidor de mercurio de Carder [Fuente de mercurio, de Alexander Calder (para los mineros de Almaden)] y las obras de Miró, Juan Gris y el Sueño y mentira de Franco así como el Guernica de Picasso (1995: 9).

Picasso había dicho con palabras bastante proféticas en 1923: “el arte es una mentira que nos permite descubrir la verdad”, o algo parecido. Lo cual se ha cumplido a lo largo de la historia de la humanidad. El arte, dimensión simbólica del hombre, es la diamantina transparencia, su confrontación con la verdad sin mediaciones entre la realidad y lo pensado o expresado. Es el establecimiento de la verdad, o por lo menos de una manera de la verdad, en una forma concreta.

Cuando los republicanos perdieron la batalla, la familia Xirau emprendió un viaje en

barco sin boleto de vuelta con rumbo a Nueva York. Muchos años después, Ramón Xirau toma conciencia de los eventos y rememora que, entre los que se desplazaban forzosamente de Cataluña en unos camiones para luego cruzar los bosques de la frontera hacia Francia a pie y como pudieron, iban también el poeta Antonio Machado, su madre y José, el hermano menor. Ahora sabemos que el poeta cantor de los campos de Castilla y su madre murieron en Colliure al cumplirse un mes escaso de la diáspora. Otros, un poco más afortunados, enrutaron sus pasos hacia el mar para encontrar sitio en los buques con destino a tierras americanas.

En una carta que antecede a esos momentos angustiosos de la diáspora, presumiblemente dirigida a Alfonso Reyes, quien junto a Daniel Cosío Villegas se hacía cargo del proyecto de La Casa de España en México, y fechada el 16 de junio de 1938, Joaquín Xirau se expresaba en los siguientes términos:

Mi querido amigo: [posiblemente A. Reyes]  
Le agradezco muy sinceramente sus palabras de afecto por nuestra patria escarnecida y por la noble causa que intentamos defender. Nunca

había sentido tan viva la profunda solidaridad espiritual entre ambas Españas. Nada agradecemos tanto como las palabras y los alientos que nos vienen de México (Soler, 1999: 24).

Y casi un año después desde París, en el exilio ya, el 19 de marzo de 1939, le explica nuevamente a su “querido amigo” cómo había sido imposible aceptar la invitación de trasladarse a México en junio de 1938, debido a que

en aquellos momentos trágicos de mi patria no me hubiera sido posible abandonarla. Sin que en ello vaya implícito juicio alguno sobre nadie —¡todo lo contrario!— dejar a España en aquellos momentos me hubiera parecido algo análogo a abandonar a mi padre en trance de muerte por enfermedad contagiosa. No por entusiasmo frívolo, sino por fidelidad profunda a los sufrimientos de nuestro pueblo, creí mi deber no aceptar para mí ningún privilegio personal (1999: 25-26).

Le comenta que sus amigos le prepararon unas conferencias en la Sorbona y espera que su “chico”, Ramón, de 15 años en ese entonces, termine el Liceo para obtener su certificado.

En esta carta, acepta la invitación para llegar a México sobre la base de echar a andar un seminario destinado a preparar docentes de educación básica, media superior y otros de competencia universitaria; es decir, una misión pedagógica y humildísima. Eso era lo que le hacía mayor ilusión: colaborar en la enseñanza de futuros ciudadanos. Joaquín Xirau quería “convertir el mal en bien” (28), refiriéndose al desgraciado golpe que le habían asestado a su joven República española. Cierra esta carta con un amoroso “considero a su patria como a mi propia patria” (28). Casi un año después, en febrero de 1939, varios eminentes profesores eran destituidos de las universidades en las zonas ocupadas por el gobierno golpista de Franco, por ejemplo de la Universidad de Madrid. Se aducía lo siguiente:

Se separa definitivamente por ser pública y notoria la desafección de los catedráticos universitarios que se mencionarán al nuevo régimen implantado en España, no solamente por sus actuaciones en las zonas que han sufrido y en las que sufren la dominación marxista, sino también por su pertinaz política antinacionalista y

antiespañola en los tiempos precedentes al Glorioso Movimiento Nacional (Soler, 2015: 14).

Claro que ninguno de los catedráticos expulsados –a excepción tal vez de Wenceslao Roces, quien fue el primer traductor al español de Karl Marx– eran “marxistas”, que expresado así sonaba a padecer una enfermedad contagiosa y mortal. Pero este comunicado de defenestración también delata la cortedad de miras del nuevo régimen intolerante, autoritario y asesino. A los profesores que no comparten su visión política, se les acusa de “conductas perniciosas para el país” (14) y, por lo mismo, no merecedores de “garantías procesales” (14). Es decir, los intelectuales y profesores, en pocas palabras, eran tachados de malhechores por el “Glorioso Movimiento Nacional” (14), sin derecho a defensa, borrados de sus casas de educación y, por supuesto, obligados al exilio.

Carles Riba, amigo muy cercano de Joaquín Xirau, humanista y filólogo en lenguas clásicas, en la misma circunstancia de afrenta y acoso por el régimen franquista, contestaba a la invitación de Alfonso Reyes desde París lo siguiente:

Le dije en resumen a [Juan] Larrea: para la restauración de los valores de dignidad humana en nuestra España y, dentro de ella, en mi pobre Cataluña, doblemente en peligro y desgarrada por la guerra civil, es conveniente a mi juicio, que en Europa, y de modo especial en Francia e Inglaterra, queden grupos de enlace, en lo factible, entre la gran masa de los emigrados y los compatriotas que ni emigrar han podido. Dejando aparte todo aspecto de vocación o aptitudes, parece destinarme a tales grupos mi situación familiar: tres hijos en edad ni muy tierna ni muy avanzada, la edad en que un traslado fácilmente se convierte en desarraigo, pero más probablemente todavía en perturbación sin remedio (Soler, 1999: 94-95).

Riba regresó a Cataluña tres años después de poner estas líneas, en 1943. Profesor de griego (siempre los griegos), traductor de la *Odisea*, de Cavafis, de Rainer María Rilke, de Hölderlin. Algo tendría que ver su revaloración de Ausias March y de Joan Maragall en el joven corazón de Ramón Xirau, lo mismo que en su poesía donde el centro es el amor, si bien es cierto que Joaquín, el padre, compartía autores y conceptos. Una confraternidad. ¿Cómo

alguien criado en esta fraternidad podría haber sido distinto?

Carles Riba y su esposa Clementina Arderiu viajaban a la frontera francesa en el mismo convoy clandestino por Los Pirineos que llevaba a Antonio Machado y su madre, y a la familia Xirau, apenas cuatro días antes de que las tropas de Franco tomaran Barcelona. Recordar la triste historia de Machado nunca será bastante:

Menos de un mes más tarde moría el poeta; su madre le sobrevivió tres días. En el bolsillo del gabán de Antonio, su hermano José halló unas notas; una de ellas era un verso, quizá el primer verso de su último poema: 'Estos días azules y este sol de la infancia'. La historia no acaba aquí. Poco después de la muerte de Antonio, su hermano el poeta Manuel Machado, quien vivía en Burgos, se enteró del hecho por la prensa extranjera. Manuel y Antonio no sólo eran hermanos: eran íntimos. A Manuel la sublevación del 18 de julio le sorprendió en Burgos, zona rebelde; a Antonio, en Madrid, zona republicana. Es razonable suponer que, de haber estado en Madrid ese día, Manuel hubiera sido fiel a la República (Cercas, 1999: s/pp.).

Sobre Joaquín Xirau y Antonio Machado, el hermano del poeta, José, recuerda a “un filósofo catalán que tocaba con gran personalidad algunas sardanas” (Fernández, 2017: s/pp.), y el escritor Víctor Fernández agrega en su artículo “Los amigos catalanes de Antonio Machado” lo siguiente:

Era Joaquim Xirau quien fue uno de los nombres fundamentales en el paso de los Machado hacia el exilio. De ello dejaría testimonio, por ejemplo en una carta al presidente de la República, Manuel Azaña, fechada el 6 de febrero de 1939. Allí explicó las duras condiciones en las que se había iniciado el destierro: “Una muchacha, discípula mía, encargada de curso, pudo prestarnos 300 francos que le prestaron unos amigos. Gracias a ellos pude pagar la comida de los señores Machado y la nuestra. Dormimos en un tren de refugiados. Al día siguiente –domingo– tuve la fortuna de hallar en la estación a nuestro buen amigo D. José Giral que me dio 300 francos para los señores Machado y gracias a ellos, y a algún dinero que me mandó Levy-Bruhl, pudieron los Sres. Machado ir a Collioure y llegar yo aquí” (Fernández, 2017: s/pp.).

Joaquín Xirau y Riba estuvieron con el poeta la última noche en la masía Faixat, en Viladasens región de Girona, antes de que partiera a Collioure. Riba dedicó a su amigo Machado los siguientes versos para esos tiempos tan difíciles: “Tristes banderes/ del crepuscle! Contre elles/ sóc porpra viva./ Seré un cor dins la fosca;/ porpra de nou amb l’alba”: ¡Tristes banderas / del crepúsculo! Contra ellas / soy púrpura viva. / Seré un corazón en la oscuridad; / púrpura de nuevo con el alba”.

Josep Carner y Pedro Bosch-Gimpera, otros amigos muy íntimos de Joaquín Xirau, aceptaron la invitación que se les hizo desde La Casa de España en México. El primero describe, en una carta en 1946, su currículum y el trabajo realizado en un reporte a Daniel Rubín de la Borbolla, secretario de El Colegio de México: con estudios de doctorado en Filosofía y Letras, poeta catalán, con carrera diplomática, “consejero del gobierno autónomo de Cataluña en el exilio” (Soler, 1999: 131), estuvo colaborando con La Casa de España en México desde 1940 al 45; también, refiere que trabajó impartiendo cursos de Literatura comparada en la Universidad Nacional Autónoma de México, de Historia de la cultura

española en el centro de Estudios Históricos y de Política moderna, entre otros. Publicó en 1943 un libro en homenaje a México que lleva por título *Misterio de Quanaxhuata* sobre una leyenda otomí o purépecha. El antiguo nombre de Guanajuato es *Quanaxhuato*. Por su parte, Bosch-Gimpera hace lo propio, agradeciendo los apoyos prestados para su radicación en nuestro país y trabajando intensamente en compensación ya fuera con cursos, publicaciones o conferencias en El Colegio de México, en la Universidad Nacional Autónoma de México, en el Instituto de Antropología, en la Normal Superior, lo que lo llevó a ejercer en Monterrey, en Guadalajara, en Saltillo, en Chiapas, etc. Ambos intelectuales fueron íntimos de la familia Xirau y Ramón tuvo gran admiración y estima por ellos.

Xirau constantemente recuperaba las enseñanzas del padre como ejemplo de vida moral, pero también le llamaba su faceta como pensador. Hacia el final de su “Memorial de Mascarones” recupera una cita del libro *Lo fugaz y lo eterno*, del filósofo catalán, que es también cifra y signo de un pensamiento propio y de su poesía:

La vida es movimiento, riesgo, anhelo, entrega. Vivir es trascenderse y buscar en los ámbitos del mundo algo que haga la vida digna de ser vivida. Es posible que filosofar sea entonces vivir. Pero en esto la filosofía coincide con la vida misma. También la vida plenaria es un constante “no vivir”, desvivirse y proyectarse más allá de la propia existencia en un afán insaciable de salvación. Y en este caso filosofar es vivir; vivir es filosofar (1995: 29).

El padre ejemplar murió en 1946 atropellado por un tranvía enfrente de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, cuando se dirigía a impartir sus clases. A *Lo fugaz y lo eterno*, le antecede un pequeño prólogo en el que se advierte que desde entonces nos encontrábamos ya en “plena barbarie” (1998: 265), justo porque se escribe en 1942, en plena segunda guerra mundial, inserto en el horror que en ese entonces muchos no veían y no querían creer, y después quedó al descubierto. Un mundo roto.

En la actitud vitalista del padre reconocemos al hijo. Cuando hace un recorrido por la biografía y las ideas del escritor decimonónico mexicano Francisco A. de Icaza, Xirau Subías considera que el Icaza crítico traducía la sim-

patía por Nietzsche –cuyos poemas había traducido con cierta penetración debido a su “afinidad de poeta” con el filósofo alemán– porque, aduce, la teoría crítica de Icaza “es vitalista en cuanto a la necesidad de que el autor analizado y el crítico que lo analiza sientan, converjan, sabiendo que ‘el arte’ es productor de ‘emoción estética” (2011: 26). Lo que Xirau ve en el intelectual mexicano decimonónico es aplicable a su propia escritura y postura poética. Acompañan a esta manera de presentarse ante y en el mundo, el *cáritas* cristiano, el amor fraternal –que podría ser la secuencia del ágape griego–, el amor incondicional y sus reflexiones sobre el tiempo. Un amor que es respeto, claridad, lucidez... lo mismo que encontramos en la poesía de Xirau Subías.

El “no vivir entre paréntesis” que les pedía el padre, no ver en la tierra mexicana un lugar para “estar mientras...”, es decir, continuamente esperando un regreso a la patria de origen, fue decisivo en la formación y apropiación de la cultura mexicana por parte de Xirau hijo. Entonces, acá terminó su licenciatura en filosofía y escribió su obra.

En algunas entrevistas, Xirau ha dicho que en un principio sentía una especie de deseo de

regresar a su patria de nacimiento para vengarse. ¿Vengarse de qué? De la obligación de la partida, por supuesto, o de “tener que” errar hacia otra tierra; pues, como lúcidamente sentencia Friedrich Schiller en su texto *Sobre lo sublime*: nadie debería “tener que”. Nadie debe verse forzado a nada. Y en medio de estas imposiciones, tal vez subrepticamente, se colara el sentimiento doloroso de la muerte temprana del padre. Sin embargo, esa juvenil afección de venganza casi de inmediato se convirtió en un sentimiento de pertenencia al sitio de acogida, mismo que pronto fue un origen y un destino también. Es decir, si el hombre no nace como tal sino que se va convirtiendo en uno al adquirir la cultura en la que se desarrolla, en la que crece, Xirau Subías se fue haciendo poeta y filósofo de ambas naciones.

José Moreno Villa, otro exiliado llegado a México en 1940, anotó en uno de sus ensayos: “No venimos acá, nos trajeron las ondas”, en alusión evidente al viaje por mar, pero donde se esconde también una falta de voluntad radical; quiero decir que no había una intencionalidad originaria por venir a nuestro país ni pasajera-mente, ni mucho menos para quedarse. Se vislumbra por ahí en el tono del segundo enun-

ciado de la frase, un retintín que habremos de leer con un poco de humor, tal vez de ironía, por no leerlo impregnado de dolorosa desgracia. En ese “nos trajeron las ondas”, se vive por debajo la obligación de irse de la tierra natal. Las ondas pueden constituir un elemento de azar, es como decir –si no hay vela o timón– a donde nos lleve el viento. Mucho de esto, creo, hay en la frase de Moreno Villa.

### 3. Joaquín, el hijo

ASÍ COMO RAMÓN ERA EL NOMBRE DEL ABUELO, Joaquín Xirau Icaza fue llamado así por su abuelo paterno. Hay aquí un apego a la vieja tradición de conservar con gesto cariñoso el nombre de los ancestros, pero también esta rara simetría de las designaciones, como si con ello se recuperara por lo bajo aquel antiguo rastro del destino aparejado al nombre. Esto es una mera conjetura, claro. Lo cierto es que Joaquín fue el único hijo de Ramón Xirau y de Ana María Icaza. Nació en 1950 y falleció en esa edad que todos los poetas cantan y celebran como lo mejor de la vida. Murió a los 26 años cuando estudiaba una maestría en la Universidad de Harvard, en Massachusetts. A esa temprana edad dejó dos libros: *Nuestra dependencia fronteriza* (FCE, 1976), en coautoría con Miguel Díaz, y el póstumo *Poemas* (FCE,

1976), prologado por Octavio Paz. Además existen dos premios dedicados a honrar su memoria: el Premio de Poesía Joaquín Xirau Icaza, impulsado por sus padres e instituido por el Fondo Xirau Icaza de El Colegio de México, y el Premio de Economía, promovido por el mismo fondo. ¿Qué se puede decir de una vida tan corta? Como siempre, el discurso tiene dos lados. Por una parte, a esa edad todo debería haber sido futuro, promesa. Normalmente no pensamos en la muerte cuando vemos la juventud en pleno. La juventud se asocia con la vida, con lo pletórico, con lo vigoroso y las ganas de hacer, con los proyectos. El sujeto es un constante ir hacia allá, a lo que sigue, a lo que venga; porque todo se trata de sumar. Es la edad propia para avanzar por la vida, como decía Aristóteles “[los jóvenes] son crédulos, por no haber sido aún engañados en muchas cosas, también esperanzados” (2002: 101). Se suele decir que los jóvenes se comen el mundo a puños, a grandes bocados y con más intensidad que conciencia. Si se muere en esta edad, se muere en la promesa, lo cual significa, de variadas maneras, lo inacabado. Por otra parte, si se ha sido cercano a la persona, se puede decir mucho de esos pocos años. Es toda una

vida, aunque breve, la que se pierde. El joven Joaquín había realizado lo que le correspondía a su edad: ser hijo amado, estudiar, trabajar, escribir, viajar.

Los padres le quisieron como al hijo único que fue y lloraron su pérdida. Ramón Xirau, en nombre también de la madre Ana María Icaza, le escribió un breve texto en la *Revista Mexicana de Cultura*, no sé bien si de despedida o del que augura un nuevo encuentro en una “presencia más allá de la muerte” (2011: 347). Las palabras de inicio son devastadoras: “Escribo desde el dolor. Un dolor que compartimos la madre y yo y que comparten con nosotros muchos amigos buenos” (346) por esta “muerte juvenil que nos tiene anonadados” (346). El dolor se volvió un lugar común para el filósofo, y se lo instaló ahí, en él: “desde el dolor”. La emoción profunda, el sentir, se transmutó más bien en un *estar* en el dolor. Desde ahí, el filósofo comparte su pena y su memoria, que es una forma de hacer presente al hijo.

El escrito en memoria de Joaquín Xirau es, evidentemente, una elegía o *tristia* por el ser querido que ya no estará físicamente con ellos. Sin embargo, es notable también el deseo de resarcirse de esa pérdida, acogiéndose a la

misericordia de aquel otro que el filósofo ha llamado “el jardinero” y, en consonancia con su pensamiento, salir al encuentro de la reconciliación: “Muy cerca del dolor está la esperanza; y esta esperanza es la que queremos que crezca en nosotros ahora, dentro del dolor” (347). Para sentir la piedad de ese gran jardinero, admite que en el mundo, en el “jardín”, “hay cisaña [sic] y mala yerba. ¿Constancias contra la prudencia del jardinero? Seguramente el mal nos cerca, seguramente nos atosiga, nos limita, seguramente nos angustia. [...] Hay desorden en el jardín. [...] Hay también armonías –idea, poema, firmamento–. Parecen indicar, creíblemente, la presencia de Quien ordena el tiempo y la presencia” (347). A esa presencia pide acogida para ellos y para el hijo, en ella cree “más allá de la muerte” y expresa el deseo fervoroso de que el jardinero tenga al joven “en su jardín verdadero” (347). Acá más que nunca se nota el pensamiento cristiano de Ramón Xirau, emergiendo desde el centro de una emoción verdadera. Misericordia, piedad, *cáritas*, presencia, sacralidad, núcleos gravitacionales del pensamiento de Xirau en perfecta consonancia con la existencia. La filosofía es vida.

En un pequeño artículo, la escritora Adriana del Moral reflexiona a propósito de las circunstancias que travesaron las vidas de los tres Xirau: abuelo, padre e hijo. Al cerrar su nota con este último y hablar sobre su poesía concluye:

No sé si la tristeza poética de Joaquín obedezca a ese exilio; quizá sea así, porque como dice Hannah Arendt, “no podemos dominar el pasado más de lo que podemos deshacerlo. Sin embargo, podemos reconciliarnos con él. Y la forma de hacerlo es el lamento, que surge a partir de cualquier recuerdo”. Tal vez es este lamento de Xirau Icaza el que cierra la larga herida del exilio, a la vez que realiza la razón poética. Cierro con unas palabras de Joaquín que son a la vez conclusión de una historia familiar cruzada por una época turbulenta y por la tragedia final que es siempre la muerte: “La hora final tiene su muerte/ no es el fin del mundo/ es la del mirlo/ la del canto/ en la tierra/ entraña/ de ponientes que crujen” (2009: s/pp.).



## 4. El tiempo vivido

EL “TIEMPO VIVIDO” EN EL CUAL PIENSA XIRAU se encuentra en consonancia con el concepto desarrollado por Henri Bergson sobre la “duración” como una temporalidad heterogénea, distinta en cada persona; referente a lo que transcurre, lo que sucede y también lo que se conserva. Es decir, en este binomio de “tiempo vivido” va extendiéndose la memoria como un despliegue efectivo de la conciencia; de tal manera que el pasado no es un bloque monolítico, un estanco de inmovilidad, sino un ente vivo. Dice Xirau: “lo que Bergson llama *duración*, a pesar de algunas diferencias importantes, se acerca a lo que llamo *estar* y a lo que llamo *presencia*” (1993: 52).

No somos los otros ni lo otro, evidentemente. Cada uno se diferencia del otro, de su conciencia y de su cuerpo, y de la materialidad

de lo otro. Una roca no es una rosa, ni yo soy ambos, ni tampoco aquel de más allá; pero estoy en relación con todos ellos de manera profunda, aunque no lo interiorice ni lo reflexione. Para algunos filósofos esta interrelación del hombre con el mundo objetual y el de la colectividad humana, esos otros “yoes” alternos, es una imposibilidad; tanto que lo reducen a la nada: un hombre no puede comunicarse a profundidad con otro; mucho menos entrar en comunión con él. Estamos destinados a la soledad. A veces, la realidad tristemente les da la razón. Un ejemplo de ello son las continuas guerras a lo largo de la historia; y ahora el desastre ecológico, espantosa muestra de la incomprensión con el planeta. No cuidamos ni atendemos al mundo como nuestra casa. No está en el centro de nuestras preocupaciones. Parece que no habitáramos en él. Que no existiéramos en él y con él. Lo cual se ha traducido en violencia, en las formas más inhumanas de crueldad y destrucción. La belleza ahora se huye de nosotros, se nos hurta; sí, como si alguien la alejara. Nosotros mismos.

Sin embargo, hay otras formas de pensamiento que se inclinan por la *posibilidad*, por tener en cuenta al otro y a lo otro más allá de

la constatación de su existencia, y de la utilidad de esa existencia. Uno de los centros de la filosofía de Ramón Xirau es la compenetración con el otro y con lo otro. Para él, el ser humano tiene una constante interrelación de subjetividades; es posible y necesario salir de sí para estar con el otro, comprenderlo, darse al otro. La palabra, el pensamiento, son actos humanos que se dan como un acto de fidelidad y de amor. Ser fiel a la especie y a la historia personal que, a final de cuentas, es parte de una historia más amplia.

Para Xirau “‘estar’ significa, con dignidad y modestia, con humildad y orgullo, arraigar en la tierra y vivir en relación subjetiva con los otros” (1993: 61). Habría que poner atención en los dos binomios seleccionados por el filósofo: “dignidad y modestia”, por una parte, y “humildad y orgullo”, por otra. El estilo es el hombre decía Georges de Buffon, y acá dice mucho que el pensador haya elegido cuatro atribuciones, un poco y aparentemente contrarias entre sí, para el modo de estar arraigado en la tierra. No hablo de psicología sino de concepción de mundo: debemos estar sostenidos en la tierra y en co-vivencia con los otros mediante esos cuatro atributos, que tienen que ver

con hacernos merecedores, atendiendo a una virtud que apela a la mesura y no al exabrupto o a la *hybris*, de estar inclinados en la tierra lejos de la soberbia o el desmedido valor que uno pone en sí mismo por encima de los demás. Además, el “estar” va relacionado con otro *concepto vivido* nuclear en su sistema filosófico y poético: “presencia”. Nuevamente Xirau:

El “estar” nos muestra que “estamos” en presencia. ¿Qué entender por presencia? ¿Qué es nuestra presencia carnal y espiritual –“alma-cuerpo”– ante nosotros mismos, con los otros, con el mundo?

[...] una imagen. Si vemos un barco *desde fuera*, es evidente que el barco pasa destacado ante el fondo de cielo y horizonte. En este sentido, y vistos *desde fuera*, no hay duda: pasamos y, de hecho, nuestra vida, es vida de paso. En otro sentido, no menos preciso, si estamos, no fuera, sino en el barco, estamos en él, y aun cuando desestemos por distracción, miedo o angustia, seguimos estando. En otras palabras, mientras vivimos –aun si nos desvivimos y si nuestro estar es mal estar– no podemos dejar de vernos siempre “ahora”, un ahora que dura mientras dura la vida (1993: 64).

Entonces, vivimos en esa estancia que sería la presencia de la dualidad que nos conforma como alma-cuerpo; dual y una: no puedo ser sin un cuerpo. Para esta presencia es imprescindible la memoria, no como algo lejano que quedó atrás o fuera de mí, sino como algo actual, este ahora que vivo y el que he vivido, el que he sido lo mismo que mis esperanzas; o, dicho en otras palabras, el que seré, por más que ello sea aún una bruma o indefinición, un proyecto. El tiempo vivido es el estar-siendo, como aquello se revive ahora en una triada de memoria-atención-previsión. Vemos que la memoria ha cambiado su imagen; ha pasado de aquel tradicional baúl de los recuerdos a un dinamismo o flujo que nos acompaña. Pienso que el referente griego de Mnemósine no está muy alejado de esta representación, si la consideramos como la titánide madre de las musas y vemos a estas como todas las variantes o despliegues de la conciencia humana. Nada menos que hija del Cielo y la Tierra, solo los hombres más poderosos de los estados y los poetas estaban en contacto con ella. Es decir, por un lado, lo que dirige y gobierna el orden social material y, por otro, lo que gobierna el orden espiritual. Heidegger ya sentenciaba, tal



pasajero eso otro que era pasado; golondrina que es sabiduría y eventos que vuelven a existir, reconocimiento y presencia. Y en este otro poema:

Una cascada, un vaso de luz, la Venus  
de las algas, puentes donde bajan las piedras,  
puentes por los que pasan las olas de caballos.  
Venus, cascada y vaso es todo y es ahora.  
¿Tan sólo ahora? ¿Ahora pasajero? No,  
ahora cuando somos sentido de la presencia,  
ahora que no es momento ni ser sino raíz.  
Todo es Memoria.

Un caballo, un puente, una gaviota,  
un pozo de luz perforador de cielos,  
pasan, pasan, barcas del aire barcas,  
una cascada, un vaso, la Venus en el alga  
(2007: 149).

Lo que llamamos tiempo lo vemos transcurrir en los objetos y en las personas. Y la interrelación que existe entre las cosas del mundo y las personas la observaríamos en toda su magnitud si nos atreviéramos a quitar las divisiones imaginarias que a lo largo de la historia de la humanidad hemos ido creando, tal vez con la ilusión de conocerlas mejor pero, a la postre,

este mismo procedimiento impide transparentarlas. No nos acerca a la realidad sino que nos aleja de ella. Pero, si como dice Xirau poeta: “Venus, cascada y vaso es todo y es ahora”, no estaríamos frente a compartimentos cerrados e inútiles, o categorías que presentan “objetos” que el “sujeto” conoce y coloca en un cierto sitio sin que finalmente tenga algún sentido el proceso de estar en el mundo. Habría que hacer sujetos también a esos “objetos”, hacerlos partícipes de la conciencia y del mundo, tal cual son. “La conciencia no debe concebirse como un *ir hacia*, en una búsqueda de sus propias representaciones, sino como un *estar en*, un estar aquí, en este mundo, envuelto y rodeado por las cosas” (Xirau, 2015: 143). Hay que volver a “reunirse con las cosas” (143) para recuperar el sentido humano y entender nuestra memoria como el *summum* de ese sentido humano. Cada elemento del mundo es concreción y diferencia y cada persona le percibe como su mundo y le hace parte de su mundo; por tanto, cada cosa y subjetividad nos deslumbran en su unicidad y en lo que han sido para el que las descubre: “una cascada, un vaso, la Venus en el alga”.

## 5. Algo sobre su poesía

*Mundo: ejercicio de equilibrios leves*

RAMÓN XIRAU

ADOLFO SÁNCHEZ VÁZQUEZ, OTRO DE LOS FILÓSOFOS “transterrados”, como decía José Gaos, dio en el blanco al señalar: “lo más ajeno a todo juego especulativo, pirotécnica intelectual o construcción de catedrales conceptuales, la filosofía es para Xirau un saber vital necesario para salvarse trascendiéndose y, por tanto, para fundar un comportamiento” (Del Río, 2017: 8). Xirau, filósofo y poeta, es en ambas disciplinas un transparente realizador, un extraordinario catalizador de elementos que producen un algo en perfecto equilibrio, una realidad poética o filosófica que nos permite ver más claro y hondo. No que oculta o simula la rea-

lidad, o la complejiza. Tampoco que la vuelve un doble mediante el lenguaje. Especialmente en su poesía el mundo se nos presenta no como un misterio, sino como devuelto de un misterio, desnudado. Nada más alejado de la pirotecnia verbal o de las piruetas sostenidas en casi imposible equilibrio, a veces aterradoramente indescifrables. La poesía de Xirau es límpida y profunda como los mares a los que canta plenos de simbolismo.

El mar, lo sabemos, es extensión vital de la mayoría de los viajeros. Levan anclas a veces con la esperanza escondida bajo el brazo, para no enseñarla de manera franca. Por tanto, viaja como polizón, no como blasón o bandera danzando al aire, a la vista de todos. Lo hace calladamente. Su cara e insignia es la prudencia, un valor propio de la edad madura. Una actitud que ha aprendido a no saltar, a no gritar, a no llamar la atención con excentricidades y devaneos. Lo suyo es la espera, la medida. El más antiguo y célebre de los viajeros occidentales que se registra en la literatura, posiblemente sea Ulises. Aventurero y exiliado a la par; por voluntad lanzado al mundo al inicio de su travesía y por imposición del destino los 10 años finales. Este personaje con toda su simbología

aparece en el texto “Las naves”, del primer poemario formal de Xirau, *El espejo enterrado* (1955):

Te tengo, mar azul, azul en la memoria:  
idea pura y, cierto, viviente desnudez  
de aguas del corazón que ahí se arrastran,  
¡mar de ulises sencillos, marineros de algas!  
(2007: 21)

“Azul en la memoria” y “aguas del corazón” refieren sin eufemismos, claro, y casi por obviedad al mar; sin embargo la especificidad se instala en las palabras clave “memoria” y “corazón”. La primera frase para circunscribir que son las aguas de ese complejo mundo integrado por un pasado que está siendo más que presente, presencia, cada vez que es convocado por la palabra; en tal sentido nunca será con propiedad y rigor agua pasada, experiencia que quedó atrás y forma parte de algo irrecuperable y perdido, sino algo vital y dinámico que se mueve interactuando dialécticamente con la circunstancia actual. Lo que había quedado allá, está ahora aquí, conmigo. Un más allá que se vuelve un más acá, que mora conmigo. De esta manera, a medida que pasa el tiempo

cronológico, también se va dando una transformación, registrada en la filosofía y la poesía del autor, que afina este concepto central en su sistema de pensamiento: la idea de presencia.

Ahora, regresando un poco al poema “Las naves”, cierto es también que el Ulises de la *Iliada* y la *Odisea* se convierte, por metonimia, en el conjunto que remite a los navegantes, pero especificados o transmutados por lo “sencillo” en el poema hace que lo ilustre y distinguido del heleno se mueva hacia lo popular y plural: “sencillos marineros”. El mar de Xirau es una idea viva al momento de pensarla, y él es uno de esos Ulises marineros sencillos que cuentan su propia historia componiendo “las naves quietas del recuerdo ardiente,/ la fruta de oro en cuartos sombreados/ de este peñasco fuerte como el vidrio” (21). El famoso héroe epopéyico de la gran historia literaria está identificado con otra historia en clave menor que es la del hombre común y corriente, otro héroe en minúscula que es el yo mismo, centro de sus propias gestas, que no precisa de ninguna posteridad para existir porque los accidentes mismos de su existencia le bastan. La noción de precariedad y fragilidad que corre subterránea y paralelamente con toda esta

idea es muy poderosa e inquietante: contiene la nuez de lo que ha cifrado la reflexión de la condición humana en el siglo xx; alejada del demoledor cinismo y la perplejidad característicos del fin de esa centuria y de lo que va del siglo xxi.

En principio Xirau menciona la claridad poética a propósito de la poesía de Carlos Barral, uno de los escritores españoles incluidos en la Generación de los 50, y apunta hacia un “ir a la raíz de las cosas”, lenguaje “capaz de hacer estallar esterotipias y rituales cotidianos” (268). Poesía que es un “reflejo del mundo” (268) pero también un pensar sobre el mundo, una poesía de la experiencia. Esto mismo podría afirmarse de la poesía de Xirau. Una escritura que parte de una impresión o sensación para irse decantando, discurriendo en un pensamiento. Tal es el caso de *El espejo enterrado*, publicado en 1955, en Los Presentes, célebre proyecto editorial del narrador mexicano Juan José Arreola, donde la presencia más viva indiscutiblemente es una ausencia, por paradójico que esto suene, una falta: el recuerdo de la patria que quedó atrás, pero que, insisto, habita el aquí. Así una playa es símbolo extensivo del mundo y todo el universo cabe (creo que sería

más adecuado para el pensamiento de Xirau decir “es” y no “cabe”) en un árbol, en una dorada naranja, en la luz cristalina que contornea y permite el relieve y existencia de las cosas. Dice, por ejemplo, en “Claridad”, del poemario *Las playas*:

No hay más perfecta luz  
Que la de estas ramas verdes  
Ahora que huye el sol  
En la alta claridad del mundo (2007: 93).

Xirau atraviesa con la palabra las cosas. Lo más evidente resalta con esa otra luz que él pone en una situación, o en una cosa del mundo. Consideraba que la poesía, lo mismo que la filosofía, es también una forma de conocimiento. Él escogió su nativo catalán para el decir poético, y el castellano para el filosófico. Lengua callada, el catalán, marginada en la España del golpe franquista de 1936, la elegida porque –como él mismo lo afirma– el parto es en catalán y esa es su lengua natural. La poesía, señalaba, se debe decir en la lengua natural. Es, pues, su *ethos*. La poesía es la forma en que este autor hispano-mexicano se planta en el mundo y muestra, abriéndonos la pequeña bolsa

de viaje que contiene su vida, los fragmentos múltiples reorganizados, vueltos cosmos: las aguas pueden ser soñadas por el naranjo, como en el poema “Playa del mundo”, porque cada elemento es parte de ese cosmos

La luz de los naranjos.  
Todo universo es árbol,  
cae en el sueño de tu cuerpo,  
se adormece  
en los párpados del agua.  
[...]  
Sueño de los naranjos  
cerca del tiempo incierto,  
nacen y crecen, viven,  
árbol de luz, las aguas.

El mundo es sabiduría en el camino  
de los eternos amarillos, enamorados del aire  
(87).

Leyendo la poesía de Xirau se respira tranquilidad y paz. Vive en las antípodas de la estridencia. Hombre de conciliación y reflexión, su palabra poética es una extensión del talante de la persona. ¿Qué habita los poemas de Xirau?: pájaros, playas, mar, naranjos, olivos, limone-

ros, trigo, bosques, estrellas, barcas, amor, luz, mucha luz y transparencia. Cosas buenas. Difícilmente encuentra uno dolencias o lamentos; casi no ha hollado la violencia su palabra, lo cual podría resultar muy raro para un hombre que ha padecido en carne propia tanto la del Estado como la violencia de perder muy pronto a un padre y a un hijo. Como siempre, se trata de una elección: qué decir y cómo decirlo. Él opta por describir y metaforizar un mundo en orden –como aquel que era cuidado por El Jardinero, según la explicación dada a su hijo Joaquín–, donde la cizaña se mantiene a raya y las sombras no entenebrecen al corazón, ni la envidia causa odios y guerras. Tampoco es que sea un mundo soñado idealmente o fantástico. Solamente que desde su perspectiva la poesía canta mediante la concreción del poema y esa palabra es un puente que nos conecta con la realidad de la manera más bella, pero también más verdadera. En el último verso del poema II de *Gradas* apunta lo siguiente, como si resumiera la escena de lo que sucede en el mundo, en ese preciso instante de mundo: “el canto brota en la madera viva de la barca” (2007: 133); esa constancia de vida en los objetos que normalmente consideramos inertes como lo es

un trozo de madera, y ya no tan solo animados sino cantando, al igual que lo hizo el primer poeta en la historia de la humanidad, es símbolo o cifra de la latencia del mundo y sobre todo de la relación que nosotros establecemos con todos sus elementos, cómo nos “dicen” la vida. El primer poema de ese mismo libro nos pone frente a un paisaje. ¿Un paisaje? Más bien parece el cuadro de la vida en que se mueve el hombre, el movimiento de la conciencia y de la historia. Sabido es que ponerse “frente” a algo o alguien es comenzar un diálogo, mostrar la disposición de ánimo para conocerle.

Las estrellas nos miran lentamente,  
Cierran sus ojos las bahías. El arco  
de luz cerca los cabos en la ruta del fuego,  
fuegos y banderas en las barcas, fosco  
el fuego atónito de las naranjas,  
en la aguanueva los naranjales. Las bridas  
de los caballos pensados, pesados, imaginados,  
lentamente nos guían igual que las estrellas,  
cobarde noche, no puede con nosotros  
tu oscuridad de marivientos  
y raíces en el acantilado. Ah, todo canta, canta  
en las encrucijadas del desierto: arco breve del  
mar (2007: 129).

Es más o menos común que al poeta no le alcance el lenguaje conocido –tampoco hay que olvidar que escribe la poesía en catalán, y luego nosotros, ciegos de esa lengua pariente del occitano, lleguemos a sus versos mediante la aproximación del español, lo cual ya hace un segundo paso–. Y como no le es suficiente, la transforma: “aguanueva”, “marivientos”. En versos siguientes también ensaya otros neologismos y palabras compuestas por unión de unas con otras: “caramar”, “astronieve”, “marinieve”, “claracalma”, “mimosaluzcongojadeshonestaohfleuve” y varios más. Es notorio su uso constante de adverbios de modo “lentamente”, “gregorianamente”, “ligeramente”, “mojadamente”, “rumorosamente”, “largamente”, etc., unos usuales y otros no tanto. En la poesía de Xirau esta selección lexical no corresponde a un mero formalismo lingüístico; de ser así hasta correría el riesgo de oírse como un novato con escasas luces expresivas. A mi parecer, ayudan a poner de manifiesto su forma de pensar respecto a la presencia, que no corresponde a un tiempo específico: ni pasado ni presente ni futuro, sino un estar siendo, y ese “modo” externado por el adverbio da la impresión de continuidad, de un modo de estar que

persiste. Más allá de intentar nuevas formas  
lexicales, es admirable que su decir poético  
vaya en constante sintonía con su pensamiento.

Caramar, astronieve, lentamente  
me deslumbran (el sol en las espumas  
hace castillos breves de marinieve y trigo).  
Los labriegos se mueven –leve moverse–  
como en casa de Brueghel, como  
los ríos que se mueven; no: que se anudan  
en las pinturas altas de balcones abiertos,  
en las huellas de un sueño que reflejan  
las purísimas  
aguas de un ojo que no veo  
ni puedo ver con ojos  
carnales, oh dioses del mar, oh dioses encendi-  
dos.

(Grupo intacto y exacto de flores amarillas  
en las sendas del bosque, en los atajos  
de la vista me cercan, beben, cantan –no,  
no me cercan. Ah, barcas. Lentamente  
los ángeles de viento y de poniente  
ríen, las flores de los álces  
me esperan no sé dónde o lo sé poco,  
más allá de las fuentes,

oh barcas. Todo es ejercicio de belleza  
sobre las olas azulencas.)

Los álces, las miradas del cabo  
–mar adentro–, flores de espuma, crecen.  
Mediodía. Todo es silencio y en la roca  
el mirar Tuyo crece, nunca  
visible, mas visible eternamente  
como la ola visible arena toda  
como tronco y madera todos leves  
como la luz sencilla memoriosa  
Mente.

(Chillan gaviotas-naves oro leve y Dios  
pensar del pensamiento horrorizado el pico  
restauradoramente isleño y cree y creo  
mimosaluzcongojadeshonestaohfleuve  
de mirar irritado, malquiere, maloduele  
oh barcas, barcas, barcas  
oh las barcas.)

Una hoja navega en este río  
y es verde y pura mar de luz y mar  
(2007: 129-131).

Una buena parte de la obra xirauniana está  
atravesada por su convencimiento de que poe-

sía y filosofía se encuentran en una relación más cercana de lo que, principalmente las teorías filosóficas de la razón, nos han dirigido, casi obligado, a tomar como base de estudio. ¿Y si no fuera así? Nos propone el mexicano-español; es más, si nunca hubiera sido así en la historia del pensamiento, de no ser por la corriente dominante autodenominada científica que postuló que la verdad nunca se encontraría en la imaginación y viceversa, desgarrando con esto en dos partes irreconciliables la reflexión sobre la realidad. En *Poesía y conocimiento*, justamente Xirau se ocupa de forma directa del tema. Ahí sostiene de manera categórica “que la poesía es una forma del conocimiento y aun el camino de un conocimiento especialmente eficaz y vital” (1993: 8), si abrimos la posibilidad semántica al concepto “conocimiento” más allá de los rendimientos de la “razón calculante”, y si no cerramos obcecadamente el análisis frente a la evidencia de que poesía y filosofía recurren a la imaginación en su acercamiento al mundo. Xirau se hace la siguiente pregunta para iniciar su propio recorrido metodológico: “¿Por qué unir estos dos términos –poetizar, conocer? En esencia porque tanto la poesía como la filosofía son formas de un conocer más

amplio, de un conocer religioso” (1993: 9). Ese conocer religioso se expresa en la poesía con aquel sentido radical del lenguaje que él llamaba claridad, con la honestidad o pureza que también muchas veces leemos en sus versos y que en su intensidad más profunda, cuando nos atraviesa o penetra las cosas, el estar en el mundo de esas cosas nos hace participar de dos acontecimientos: primero, nos reconcilia como seres humanos, da sentido a nuestra existencia; segundo, nos permite conocer, o tener la experiencia de lo que acontece en esta morada finita que es el mundo dialogando sobre las grandes y pequeñas interrogantes que desde siempre nos han inquietado el espíritu. Toda la obra de Xirau, poética y filosófica, queda vertebrada por uno de sus grandes temas, a saber, que “El hombre no es puramente razón: es ser y valer, odio y amor, simpatía y diferencia. Razón (*logos*), sin duda; pero también, como lo pensaba Platón, *Eros* y aun, platónicamente, Mito” (1993: 12).

Para Xirau toda la poesía es *religatio*, una relación de intersubjetividades, incluso la que pone a prueba la claridad con su hermetismo. El poeta dispone sus palabras para el otro como un acto de amor –en esto Ramón Xirau

también se reconoce en el pensamiento de su padre Joaquín—, en consonancia con el clásico *ágape* griego o la *cáritas* cristiana. En el primer acontecimiento, los antiguos helenos se referían a una modalidad del amor en la cual se entregaba toda la persona entera al ser amado sin ninguna reticencia, sin necesidad de mediar protocolos de reconocimiento social o formal. Era una especie de movimiento inmediato de la conciencia combinado con la profundidad de saber que el otro ocupa el centro de mi concentración y preocupaciones. No puedo menos que recordar, inevitablemente, el diálogo entre Tristán e Isolda en la escena segunda donde uno y otra expresan un deseo de acercamiento tan intenso que uno quiere ser y estar en la otra y viceversa: Yo soy tú, y tú eres yo, se dicen. Todo el cuidado y la procuración de bienestar van en la dirección del otro, incluso por encima del que experimenta el sujeto amante; en el caso de la poesía, el dador de la palabra. En el poema “M’illumino d’immenso”, Xirau refiere y homenajea al poema “Mattina” de Giuseppe Ungaretti, que si recordamos consta únicamente de ese solo y vibrante verso: “Me ilumino de inmensidad”, la mañana al emerger y nacer día con día eclosiona al mundo y, con

él, al otro mundo interior y creativo del poeta. El poeta mexicano-catalán recreará la hermosa alusión a la mañana de vida relacionando esa experiencia con un capítulo de la tradición judeocristiana. La voz del poema en ratos interioriza las preocupaciones de Job, aunque afirma que “todos somos siempre Job”. Pregunta a alguien indefinido en un principio –y con él a todo aquel que lea los versos– si “¿Todo es antiguo y bello?” (2007: 187). Lo que resume esta duda es enorme y radical. Lanza esa interrogante y tal vez demanda una respuesta sobre la importancia de la tradición y la radicación de la belleza, que lo mismo implica el problema de los trascendentales del ser: lo verdadero, lo bueno y lo bello. Si fuera así, si hubiera una tradición que las personas respetaran y vivieran, y el bien fuera la norma, ¿dónde queda la existencia del mal? ¿Por qué el erial?

No hay respuesta. ¿Vivimos ofuscados  
por el desierto que crece en tierras ateridas,  
y todo es bello? (187)

El poema abre mostrando lo que parece un inicio del mundo con su naturaleza pura: las fuentes y la luz, los cantos, “las obras de la

tierra”, el “vuelo del leve pez” pero después nos percatamos de que a la par de esta hermosura coexiste la caída en “el pozo de Babel” que simboliza la incomunicación, así como también existe la muerte. Se inquiere si es bello el mal pero “No hay respuesta”, incluso ya en lo que parece la instauración de un desespero, se vuelve a interrogar “¿Dónde, dónde está el Hijo?”. Parece pues que hasta aquí, el poema “habla demasiado y habla poco” como un tanto crípticamente se responde el propio poeta a todas las cuestiones radicales planteadas en los versos anteriores. El “desierto que crece” interpela directamente a las ideas de Nietzsche respecto a la muerte de dios y la orfandad del hombre:

“Vivo sin paz y sin descanso entre sobresaltos y continuos” (*Job*, 3, 26-27) puede decir el hombre contemporáneo con Job. Sobresaltos que pertenecen a la naturaleza humana misma pero que acaso la partición del hombre moderno y contemporáneo ha acentuado. Job –salvo al final del libro, momento de salvación–, coincidiría con Nietzsche cuando este afirma que el hombre es una mezcla de fantasma y de planta y, sobre todo, cuando escribe –*Así hablaba Zarathustra*–: el desierto está creciendo (Xirau, 1993: 13).

Xirau piensa que el tema de la muerte de dios, tan caro a la contemporaneidad, en realidad ha traído un problema mayor que el de la fe, uno insoluble. El hombre no puede sustituir a la divinidad ni por él mismo, ni por otros sucedáneos: arte, tecnología, filosofía, etc., el ser humano es finito y corresponde a lo accidental, transitorio o existencial, nunca a lo trascendental. Según Xirau: “al perder su centro, al perder su armonía, el hombre busca toda la realidad en parte de la realidad” (1993: 14), lo cual le hace “absolutizar” solamente una parte, enajenarse en solo una parte. Endiosar la creación literaria, por ejemplo, que otra cosa –un sucedáneo o impostura– sea más real que la realidad; u optar por el suicidio al darse cuenta de la imposibilidad y no contar con ningún asidero de salvación. Al no distinguir la majestuosidad de la realidad tal como es, sin necesidad de colocarla en un pedestal divino, pierde la capacidad para diferenciar el centro, lo verdaderamente sagrado, y por tanto la reunificación con las cosas del mundo. Porque lo que conocemos como real es enorme y es bellísimo tal cual, en su circunstancialidad.

Entonces, el poema “M’illumino...” aparece bajo la luz resplandeciente de esa mañana

nueva y única cada vez, tal como la imaginaba Ungaretti, como el alba poética que se crea, inmensa e inabarcable, con la palabra del poeta. Y en el poema de Xirau, lo que había comenzado aparentemente caminando hacia la desolación, de pronto toma un giro y las preguntas adquieren respuestas, el Hijo —en el poema se refiere al hijo del Dios cristiano— se encuentra en las cosas más pequeñas “las cerezas tiernas” o en las “breves” “hierbas verdes”, y finalmente el cierre nos habla de la bondad, de la consolación, de la esperanza y el amor:

No, Jeremías, no. Pensemos el luminoso  
fin de Job cuando los árboles renacen  
y este mundo bello y viejo  
trabaja en el dolor hacia el amor,  
pues los astros, las obras, los senderos  
forman luces inmensas (2007: 189).

La poesía de Xirau está llena de demostraciones amorosas en las cosas del mundo, parece invitarnos a reconciliarnos con ellas, a mirarlas con atención y buscar ese reencuentro con algo que hemos perdido, “todo es Amor en todo” (77) dice en el poema “Las playas delirantes” que le dedica a Jorge Guillén; o en esta

otra declaración, donde la presencia de dios en cada ser existente revela la bondad y el amor del mundo:

[...] —¿y dónde, dónde Dios?  
Bien lo saben las yerbas verdes, verdes,  
bien lo saben las gradas del naciente mar,  
bien lo saben los pájaros madrugadores,  
bien lo sabe la oruga de las yerbas  
que Dios es Dios en cada  
trozo del mundo, trozo de hielo y heladura  
más allá de las cosas Dios de cosas,  
barcas nacen y vuelven, hijas claras  
de barcas-luz, de barcas cuerpo a barlovento  
(133).

Porque los “hijos del mundo” son “hijos del Hijo” (p. 133). Es decir, todo en el mundo es sagrado si nosotros no lo pisoteamos o manci-llamos. Por tanto, es la actitud del ser humano la que modifica y trastorna la naturaleza y la covivencialidad con esa naturaleza, creando un orden más salvaje que aquello que el progreso denominó así, sin cultivar. No creo que se siga la idea rousseauniana del “buen salvaje” en el sentido de que el estado de naturaleza es encomiable por sí mismo y no hay que alterarlo.

Apuesto mejor por un sentido de reconocimiento. Nosotros decidimos con las estructuras que fundamos en los distintos órdenes: ley, cultura, educación, organización económica, etc., qué sociedad instauramos; pero también en el orden moral elegimos lo que queremos respetar, honrar y amar, qué es lo que deseamos colocar como centro. Ese es el sentido de sacralidad para Xirau, más allá de lo que asume como su fe personal.

Para él, al afirmar “todo es Amor en todo”, parafraseando un poco la sentencia y resumen del pensamiento de Nicolás de Cusa, está proponiendo que todo tiene un sentido profundamente sagrado. ¿También la ortiga y el cardo?, se preguntaba en un poema líneas arriba. Pues sí, también la ortiga y la maleza:

Punzan, abejas, las estrellas  
Calladamente. Cachorro. Silencio.  
Cantan. Todo canta. ¿El mal?  
Está en el mundo y no es el mundo  
y la muerte y la muerte y la muerte  
¿y la muerte de la muerte?  
El alma viva de las algas sabe  
que la muerte no es la muerte,  
sabe que nació para matar la muerte.

Ligeras, ligeramente, las gaviotas  
son barcas barcas  
rodeadoras de islas (137).

Nicolás de Cusa proponía que la variedad en la naturaleza y en la creación de las personas componía finalmente un orden del Todo, el conjunto de enumeraciones de cosas, eventos, elementos pasados por el tamiz de la percepción humana organizaban un universo. Pero la contemplación de ese segundo mundo o naturaleza que imita a su manera la primera original es en sí otra creación original aunque sea a imagen y semejanza de la ideada por dios; en este proceso viene aparejada la intervención activa del creador o artista, del poeta. Es decir, ya no es un mero reproductor de las imágenes que la divinidad pone en él, sino que también el poeta las crea mediante su actividad intelectual y teniendo como guía la obra maestra divina. Dios es lo uno y total, y también lo que se refleja de él en la diversidad o multiplicidad de las cosas y seres. Aunque todo esto, con sus variaciones, tiene un eco más antiguo, que por supuesto conocía Xirau y, reelaborado, hace parte de su propio pensamiento. Se trata del

diálogo platónico *Timeo* en el momento donde se discute sobre lo creado y quién lo crea:

Así pues, todas las veces que el Demiurgo con sus ojos sin cesar puestos en lo que es idéntico a sí, se sirve de un modelo de tal clase, todas las veces que él se esfuerza por realizar en su obra la forma y las propiedades de aquello, todo lo que de esta manera produce es necesariamente bello y bueno. Por lo contrario, si sus ojos se fijaran en lo que es nacido, si utilizara un modelo sujeto al nacimiento, lo que el Demiurgo realizara no sería ni bello ni bueno.

[...] Es necesario, tratando del Universo, preguntarse según cuál de los dos modelos lo ha hecho el que lo ha creado, si lo ha hecho de acuerdo al modelo que es idéntico a sí y uniforme o si lo ha hecho según el modelo generado y nacido. Ahora bien: si el Universo es hermoso y el Demiurgo es bueno, es evidente que pone sus miradas en el modelo eterno (Platón *apud*. Xirau, 2015: 15)

Xirau está de acuerdo también con la teoría de Agustín de Hipona en que el mal no es sino disminución de bien, pero no su ausencia absoluta. Para él no existe el mal absoluto. En

general no existen los absolutos, a excepción de lo que él concibe como dios. Por lo mismo el reencuentro con la vida sería también comunión. El filósofo-poeta habla en términos religiosos porque su fe es cristiana (católica, pero, para mí, su motivación es más afín con los principios del primer cristianismo: la consideración del prójimo, la humildad, la caridad y el amor), pero para cualquiera de nosotros que no comulguemos con alguna religión específica, la raíz de este pensamiento es igualmente válida: el alejarnos de la realidad anteponiendo categorías y distancias que supuestamente buscan objetividad de conocimiento nos ha llevado por una ruta de alejamiento y desilusión, de desencanto o cinismo; y aunque no seamos muy conscientes de ello nos ha conducido a la idolatría de objetos como el dinero o los distintos fetiches del poder; incluso a colocar ciertas disciplinas o procesos en un sitio central especial que vendría a sustituir lo sagrado; por ejemplo, el progreso o la ciencia o la tecnología. Xirau está en contra de todo esto. Revisando su obra poética completa uno puede caer en la cuenta de inmediato que el amor ha ocupado siempre un lugar central. Véase uno de sus primeros poemas:

La vida vino como rosa verde  
en un campo de nieve que relumbra.  
La noche era muy clara.  
Más que muy clara: transparente y pura,  
siempre distante de ella misma y plena,  
enriquecida siempre con las nieves de espuma.

Con tanto amor cuida el amor la sombra  
que ésta brilla de luz,  
tan amorosa es la sombra del amor  
que la ternura nace en cada hoja,  
en cada hebra de noche, en cada chispa  
de los ojos, los hombros; en cada movimiento  
hacia el mar de la otra que nos está esperando  
tendida, muerta, viva, con un grito de vida.

Se libera la noche.  
Como los brotes de la luz del alba  
se ha hecho el amor camino, caminos encen-  
didos.  
Sueña el tiempo tendido en cada cuerpo.  
La sombra del deseo, más luminosa y pura,  
lenta invade el espacio.

El espacio...

Las horas se hacen lentas  
y adentro, en el desnudo vientre del horizonte,

late, jadea el viento, despierta, de esta vida,  
amor, que es más que amor (2007: 5).

Comunicación profunda de intersubjetividades, eso es la poesía para Xirau. Dinamismo, emoción como la inspirada por las divinidades a los creyentes –que en otro sentido también sería piedad– y, finalmente, conocimiento. Y es conocimiento, nos afirma el filósofo mexicano-español, porque tiene que ver con la historia: “[la historia] nos constituye: es nuestra memoria conjunta en la cual nuestras memorias particulares habitan y residen [...] Todo el pasado, por lo menos de manera latente, es actual” (1993: 8), el pasado no es un compartimento de existencia que quedó atrás, vive con nosotros no solamente en forma de lo que solemos llamar recuerdo, sino como parte de nuestra existencia. La poeta cubana Fina García Marruz encuentra en su memoria, como un destello, un árbol añoso de su infancia plantado en medio de una calle que daba al mar, y esto le parece revelador e intensísimo. Le vino de pronto una emoción-experiencia tan vívida “como una sensación de bienaventuranza”, pese a que en sus años adolescentes la misma escena no le hubiera impactado de

forma singular. Aquella vivencia del pasado era al mismo tiempo esta otra del momento actual, y más fulgurante. Eso otro que sucedió antes se le presentaba como integrado en su ser, no perdido u olvidado, sino constituyente dinámico de su ser mediante el recorte de realidad que le presentaba el añoso árbol: “En su nostalgia no había deseo de retorno al pasado sino como una promesa desconocida: el deseo era como un desapego más bien y la sensación de presencia mucho más intensa que cuando lo tuve todo realmente delante de mis ojos” (García Marruz, 2007: 34). Memoria viva. Para Xirau “sin memoria no habría conocimiento. [...] la memoria suele manifestarse bajo la especie de imágenes y las imágenes son por lo menos parte –no la totalidad– de un posible conocimiento poético” (1993: 8). Recordemos nuevamente el verso del poema “IX”, en el libro *Gradas*, ya mencionado líneas arriba: “Todo es Memoria” (2007: 149). Este poemario reúne una paradoja o, tal vez mejor, contradicción –pero ya se sabe que la unidad de contrarios suele traer aparejadas las verdades más transparentes–: la densidad de los contenidos bajo referentes y formas diáfanos. Nuevamente el sol, la luz, las playas, el mar, el canto, el trigo, las naranjas,

las barcas, las estrellas, objetos sencillos de la realidad cotidiana. Todo a la mano, a la vista, sin enigmas ni complicaciones. Y sin embargo hay todo un mundo de sentido en el cual el poeta, siguiendo a Simone Weil, nos habla de un arraigo del ser humano por dos vías: el de la tierra y el que va más allá de lo material, el que perdura o trasciende; ambos sentidos se comunican o convergen, mejor dicho, en el decir poético.

Escribe en “Nueva presencia”:

El horizonte de limos blancos iza las velas  
náufragas del viento  
en el oreo casi tocando dentro de mí la voz silencio  
abre de par en par  
dientes de vidrio en los musgos vivos que no me encuentran  
y yo busco  
los rocíos eternos de las miradas carnales  
como el junco y la playa  
ritmos de veredictos calzan pausas de muerte  
en los diciembres  
de nacimiento todo es silencio aquí —¿dónde estoy?—  
en la ausencia

de los árboles luz como las augustas tempestades

conozco la claridad

y sé que la vida es poco (2007: 83).

Pareciera que hay un enigma entre tanta claridad y transparencia. ¿Qué hay detrás de esas barcas, del viento, del musgo y la playa tan inocentes? Frente a ellos está la mirada del poeta, que es memoria del mundo y lo interroga, y se interroga a sí mismo. No solamente juega un papel de testigo, sino de interlocutor. No está “viendo” el paisaje de forma pasiva. Él es parte de ese paisaje como acontecimiento y en medio de su historia personal —o viceversa— incluye o entremezcla la de Aquel que nació en diciembre, que nace cada diciembre entre sus fieles, para preguntarle a Él, a esa Personificación, dónde está el hombre, dónde el poeta que en esta duda es voz personal y amplificadora de la humanidad. La nueva presencia del título parece aludir entonces a una *parousía*. En este poema preciso, además, la disposición gráfica de los versos es de mucha importancia. Se puede leer como un poema distinto si solo leemos la tirada de versos impares o, por otro lado, nos enfocamos solo en la de los pares. El poema

completo compone un tercer sentido. Pero todas las versiones posibles confluyen hacia el tema central de la “nueva presencia”.

La poesía nos asombra y nos vuelve a encantar con el mundo. Como diría Tomás Segovia, no es un hechizo –descripción triste y peligrosa que pregonaba Platón, al referirse a la poesía que hechizaba o sacaba fuera de sí al escucha y al poeta– ni embeleso sino que, por lo contrario, elimina cualquier forma de hechizo o enajenación y nos concilia con la realidad, nos permite ver el mundo más transparente, menos alienado. El poeta tiene la misión de guardar la memoria, aunque no lo sepa. La poesía es lo más enraizado al origen, una raíz que nos liga con un todo. Tierra y espíritu. O dinamismo unificado cuerpo-alma, como quería Xirau. Cada hoja, cada gota, cada rosa, cada pájaro, cada amor nos confirman y nos hacen en un diálogo con el otro, un logos de ida y vuelta que solo exige la condición de la transparencia para ser. La claridad está en la realidad de las cosas, en el lenguaje, en la memoria, pero hay que desocultarla, quitarle el velo que nosotros mismos le hemos impuesto en el curso de la historia, para que resplandezca, con toda su inocente brillantez, la belleza.

## 6. Las ciudades entrañables de Xirau

*De la misma manera que tu mirada, tu gesto traduce, al pie de la letra, a tu espíritu, el espacio arquitectónico traduce, al pie de la letra, la mirada, el espíritu de una época.*

RAMÓN XIRAU

*CIUDADES* ES UN LIBRO, PRINCIPALMENTE, DE “experiencia visual” (Hubard y Bernárdez *apud.* Xirau, 2015: 9). Disiento. A mi parecer es un libro de experiencia vital. Se armó como libro gracias al financiamiento de la Fundación Guggenheim, en 1969. A decir de los compiladores de la obra completa de Xirau, este es “un libro puente entre la poesía y la filosofía [...] una obra de viaje y de historia de las ideas”

(XI), y está compuesto de cinco apartados destinados a varios sitios italianos. La mirada atenta en este corazón de Europa, punto de confluencia entre pasado y permanente presente, revela en el filósofo-poeta más que un interés de científico, un cariñoso contacto con un encuentro largamente deseado.

Además del arte, la fuerza de la historia sostiene las páginas de esta pequeña obra. Si en un principio funcionó posiblemente de pretexto para que el autor recorriera el país europeo, con creces devolvió el favor a la fundación norteamericana. Así, conocemos de su mano-guía cómo llega a Florencia, Estado que nuestro imaginario asocia a comerciantes, banqueros, grandes acumuladores de riqueza que tiempo atrás se dieron el gusto de ser generosos con los enormes artistas que produjo la región, estableciendo el protectorado conocido como mecenazgo. Xirau nos recuerda la forma en que Platón se conoce en este centro de poder económico debido a que Cosme de Medici, uno de los grandes mecenas –influido por las ideas de Pletón el Bizantino–, funda su Academia, émulo de la antigua escuela griega. Bizancio, con todos sus sabios, se vuelcan en la gran

Florenia a fines del siglo xv para revivir a su manera el sistema de pensamiento platónico.

Marsilio Ficino fue el gran maestro de esta nueva escuela florentina, de quien se dice comenzaba sus lecciones con la oración “Muy queridos hermanos en Platón” (14). Xirau es un enamorado de Platón y de los neoplatónicos: Ficino, Pico Della Mirandola, Giordano Bruno, Nicolás de Cusa, por tanto es un deleite leerle frases tan imaginativas como:

Florenia nos hace regresar a Platón y especialmente al último Platón más místico que dialéctico o, mejor dicho, místico, después de descubrir en el “Parménides” que la dialéctica es insuficiente, que al Espíritu (al Noûs) hay que llegar después de pasar por esta espléndida y reverberante feria de contradicciones lógicas que es la noche clara de su mística (15).

Y aunque da su importancia a las grandes figuras del arte universal como Da Vinci (que no era florentino, pero como si lo fuera), Botticelli, Miguel Ángel (que tampoco era florentino pero dejó ahí una magna obra), Donatello, Verrocchio, Benvenuto Cellini, la familia Della Robbia, ellos extrañamente no fueron el nú-

cleo de sus comentarios. Pintores, ceramistas, escultores han hecho de Florencia una ciudad admirable para todas las épocas; por lo mismo, padece lo que todos los destinos turísticos: exceso de gente, barullo y desorden contemporáneos. A los ojos de Xirau ya no queda mucho de la recatada y severa ciudad antigua, más que en las piedras esculpidas de las iglesias, los palacios, varias deliciosas plazas y jardines.

Será Maquiavelo quien ocupe un espacio destacado en el capítulo de la ciudad florentina. El estratega se vuelve figura central. De él nos explica los pros y los contras de su pensamiento, su biografía. Le llama “nervioso pensamiento activo” que “inaugura una forma de pensar que es ya pensar social e inicio de ciencia política” (38). El politólogo es parte fundamental de la historia y del rostro de la antigua ciudad, parece querer ratificar Xirau, y más todavía, del pensamiento político o de la reflexión del Estado moderno. Una de las grandes herencias florentinas son sus textos *El príncipe* o *El arte de la guerra*, por los que se le reconoce en todo el mundo, pero también tiene cierta fama como dramaturgo o como historiador, esta última faceta es ejemplar en sus *Historias florentinas*, donde transparenta

todas las entretelas de la corrupción y las luchas feroces entre güelfos y gibelinos. Es curioso que Xirau decida reproducir completo el *Reglamento para una sociedad del placer*, con sus 34 artículos, tal vez para mostrar el carácter complejo de Maquiavelo, entre la austeridad y el convencimiento de la malignidad del hombre y el hedonismo.

Cierra este pequeño homenaje a la *città* museo con una breve referencia al gran Dante como personaje de la vida política y sobre todo como el creador de *La divina comedia*. Nos comparte la figura de un Dante que buscaba el concilio, un poeta motivado por el amor: “*L’Amor che move il sole e l’altre stelle*” (48). Muy en concordancia con el propio pensamiento de Xirau.

A Siena le dedica unas palabras que nacen de la sorpresa, el placer y el cariño. Es raro porque en un determinado momento nos advierte “no conozco Siena pero...”, y en realidad pareciera que le es entrañable. Xirau es un viajante con lo que esto conlleva: transitoriedad, imaginación, dejarse llevar por el asombro, paradójicamente ya un poco esperado y entrevisto, porque casi nadie que visita un sitio acude en el desconocimiento total: espera encontrar

algo que su mente ha elaborado de antemano en la mayor parte de las ocasiones, y si el viaje no es por obligación o compromiso, va con el cariño por adelantado, la expectativa amorosa de encontrar aquel relato íntimo previamente organizado.

A Xirau, Siena no le decepciona. Lo emociona desde que la presiente en la carretera sinuosa, cuando aparece y se esconde un castillo “roquero”, que supongo denomina así porque pareciera emerger de la roca en la cima de un monte, entre el verdor de los valles y los viñedos. “Ver el campo de Italia es ver el campo de los pintores de Italia” (50), dice el filósofo; y otro poco más allá: “Sorprende ver cómo los sieneses no se sorprenden ya de la hermosura” (51). Es, comenta haciéndose eco de Berenson, “hechicera y reina de las ciudades italianas” (52). Tal vez por eso Siena es un color, el color propio de esa ciudad de callejuelas estrechas medievales, que se abren cada tanto cortadas por escalones y plazas “es de todas las ciudades medievales que conozco [habla Xirau] la única que posee, dentro de la brevedad de su espacio, la libertad del aire libre” (52). Y pensar que ese pacífico lugar, nos hace reflexionar Xirau, fue el escenario lejano de terribles guerras y peste.

De Amalfi y Positano, en esta colección de imágenes, estampas, fragmentos de la historia, del arte y todos los retazos que van configurando el rompecabezas de una cultura enormemente rica en su diversidad, se resalta una vista que parece cortar el aliento. Xirau nos cuenta cómo al abrir Ana María Icaza la ventana de la habitación apareció deslumbrante el Mediterráneo —en parte griego, romano, sarraceno—, de Positano y el pueblo distribuido “sobre lo verde y la roca”, en los acantilados, con sus “más de 200 escalones” (57). Según una leyenda, Hércules eligió Amalfi como tumba para su ninfa amada por ser el lugar de la más increíble belleza. Pueblo de pescadores y comerciantes, guarda parte de su distinción en el eco de ese relato mítico. Su data histórica de fundación señala el 533:

centro de comercio con Trípoli, Alejandría, Túnez, Constantinopla, aliada de los sarracenos contra los sorrentinos, fuerte enemiga de los sarracenos, liberadora del Reggio di Calabria, dueña de una gran flota mercante, autora de la *Tabula Amalphytana*, código marino y mapa, inventora, gracias a Gioia, de la brújula, próspera durante dos siglos, destruida por la peste y las

luchas externas e internas, Amalfi es ahora, toda belleza, una ciudad, un pueblo de pescadores, de agricultores, de artesanos. Viñedos, olivos, adelfas, torre sarracena, barcas de pescadores con proa hacia el Occidente, hacia el viento, hacia la brisa ligera (57).

Sobre Capri, Xirau destaca nuevamente el esplendor del Mediterráneo, como ya lo sentenciaba Fernand Braudel “en el principio fue el Mediterráneo” para aclarar, por si había duda, que ese mar propició el surgimiento y gloria de varias naciones, cuna de Occidente y puerta al Oriente. De esta isla nos relata sus flores, la villa que el médico sueco Axel Munthe edificó en lo más alto, sobre las ruinas del palacio de mármol de Tiberio, y que ahora es museo. Para esta isla, lo mismo que para Positano, Amalfi y Atrani, Xirau compuso un poema:

Han surgido del mar  
son el prodigio  
de vidas escondidas  
(pájaros, campanas, remos)  
las piedras azules de la tarde (63).

El filósofo viajero ha dejado para el cierre<sup>1</sup> a la gema de las ciudades italianas: Venecia. La mítica y misteriosa ciudad alquímica: “¿No pudo haber nacido aquí Paracelso? Lo que tocaban los venecianos se convertía en dinero, es cierto, se convertía en oro, se convertía sobre todo en lo que el oro simboliza: la alianza preciosa de las voluntades que durante siglos hicieron de Venecia una ciudad imperial” (66). El Dogo o Dux, por ejemplo, condensa en su persona el poder de una República que se extendió por más de mil años, un poder abarcador de “las tres cuartas partes y media del Imperio romano” (66). En una procesión, imaginada por Xirau, el magistrado supremo encabezaba la columna seguido del Senado y luego “todo Bizancio” se presentaba ahí reunido. Arnold von Harff, un viajero del siglo xv, hace el recuento de todos los dominios del gran Dux con bastante precisión:

Su domino se extiende de Milán a Jafa, un puerto de Tierra Santa, y la distancia entre Milán y Jafa es de más de cinco mil millas alemanas y son también suyas, entre otras, bellas ciudades

<sup>1</sup> En estricto sentido el viaje se cierra en Verona, la ciudad inmortalizada por los amantes shakesperianos.

de Lombardía como Padua, Vicenza, Verona, Brescia, Treviso, Ravena, Mestre, junto con otras incontables ciudades y castillos. También dependen de Venecia, Apulia, en Calabria, y muchas ciudades en Eslavonia, ciudades y castillos en Albania, ciudades y castillos en Grecia, el reino de Candia, el de Chipre y muchas otras ciudades notables en Turquía así como ciudades y castillos en el reino de Dalmacia. A todas las gobierna con sabiduría, enviando cada año nuevos gobernadores a las ciudades, castillos, islas y países escogidos entre los señores de Venecia (67).

Xirau se aleja en su narración de los tradicionales libros de viajes porque no busca la anécdota fácil, ni el detalle histórico que pudiera resultar recargado. Tampoco camina por una historia del arte. Sí se evidencia con amplitud el goce por la pintura, pero tratándose de Italia, no abordar esa maravilla sería imperdonable, con mayor razón si se tiene en cuenta que en la travesía le acompaña Ana María Icaza, su esposa, y ella misma es pintora. En este libro Xirau se nos revela como un amenísimo historiador. Sabe armonizar el dato, los hechos, con el acontecimiento y con la interpretación del acontecimiento. Su estilo

prosístico es más bien austero, huye de barroquismos y de figuras retóricas tendientes a la exaltación o al enigma. Prefiere la claridad de pensamiento y de expresión. Y uno puede leer en este breve pero sustancioso librito, paralelamente, el aprendizaje de sus lecturas y su experiencia: filosofía, historia, historia de la poesía, arte, a la par de un divertimento que se acerca a la máxima horaciana de *prodesse et delectare*; y constatar cómo, para él, la filosofía es vivencia, es tiempo vivido. Xirau valora a la historia como “el arte más difícil” (72) dada la dificultad que entraña su interpretación:

La comprensión de la historia —y por esto la llamaba arte y no ciencia— es aproximativa; se llega a ella por un doble proceso de situarnos hipotéticamente en el pasado y de saber que este pasado se va recreando aquí y ahora para nosotros, en el presente. Por esto la historia trasciende a la historia. Una historia que fuera puramente histórica sería historia sin conciencia, un suceder sin recuerdo, un larguísimo dislate lineal. Como el objeto poético, la historia es comprensible para nosotros cuando volvemos a crearla. El pasado no es un sueño. Sabemos de él por todos los documentos, todos los restos, rastros y

residuos que nos deja. Cuando la reconstruimos la reconstruimos en un *entonces* que es *ahora y entonces* al mismo tiempo; es decir, que no es del todo ni entonces ni ahora (72).

“El pasado no es un sueño” nos dice el filósofo, está aquí también con nosotros. No se ha ido a ninguna parte, nos nutre, nos hace posible *estar siendo* en un proyecto que es ahora y que dota de sentido pleno nuestra existencia *en presencia*.

## Algo de bibliografía de Ramón Xirau

*El sentido de la presencia* (1955).

*Tres poetas de la soledad: Gorostiza, Villaurrutia y Paz* (1955).

*El péndulo y la espiral* (1959).

*Introducción a la historia de la filosofía* (1964).

*Octavio Paz, el sentido de la palabra* (1970).

*Entre ídolos y dioses* (1980).

*Poesía y conocimiento. Dos poetas y lo sagrado*  
(1993).

*Poesía completa* (2007).



## Referencias

- Aristóteles, (2002), *Retórica*, Arturo E. Ramírez Trejo (introducción, traducción y notas), México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Cercas, Javier, (11 de marzo de 1999), “Un secreto esencial”, *El País*. Disponible en: [https://elpais.com/diario/1999/03/11/atalunya/921118042\\_850215.html](https://elpais.com/diario/1999/03/11/atalunya/921118042_850215.html)
- Del Moral, Adriana, (12 de abril de 2009), “Joaquín y Ramón Xirau, hombres en tiempos oscuros”, en *La Jornada Semanal*. Disponible en: <https://www.jornada.com.mx/2009/04/12/sem-adriana.html>
- Del Río, Fanny, (7 de septiembre de 2017), “Ramón Xirau (1924-2017): Vivir es filosofar”, *La Jornada Semanal*. Disponible en: <https://issuu.com/lajornadaonline/docs/semanal10092017>

- Fernández, Víctor, (17 de agosto de 2017), “Los amigos catalanes de Antonio Machado”, *La Razón*. Disponible en: <https://www.larazon.es/local/cataluna/los-amigos-catalanes-de-antonio-machado-JM15803785/>
- García Marruz, Fina, (2007), *Como el que dice siempre*, México: Universidad Nacional Autónoma de México / Equilibrista.
- Heidegger, Martin, (2005), *¿Qué significa pensar?*, Madrid: Trotta.
- Mateo Gambarte, Eduardo, (1999), “Ramón Xirau: el Mediterráneo exiliado en México”, en *Exils et migrations ibériques au XXe siècle. 60 ans d'exil républicain: des écrivains espagnols entre mémoire et oubli*, núm. 6, pp. 185-206.
- Secretaría de Cultura, Gobierno de México, (19 de enero de 2015), *Ramón Xirau, el creador y pensador que ha unido poesía y filosofía*. Disponible en: <https://www.gob.mx/cultura/prensa/ramon-xirau-el-creador-y-pensador-que-ha-unido-poesia-y-filosofia>
- Soler, Martí, (2015), *La casa del éxodo*, México: El Colegio de México.
- Unión General de Trabajadores de España, (s.f.), *El exilio español de la Guerra Civil: los niños de la guerra*. Disponible en: <http://>

portal.ugt.org/fllc/exposiciones/ninosgue-  
rra/ng\_capo7.htm

Xirau, Ramón, (1995), *Memorial de Mascarones  
y otros ensayos*, México: El Colegio Nacio-  
nal.

\_\_\_\_\_, (2007), *Poesía completa*, México: Fondo  
de Cultura Económica / Universidad Na-  
cional Autónoma de México.

\_\_\_\_\_, (2011), *Otras Españas. Antología sobre  
literatura del exilio*, México: El Colegio de  
México.

\_\_\_\_\_, (2015), *Obras. Filosofía de la presencia*,  
vol. 3, México: El Colegio Nacional.



## *Sobre la autora*

DOCTORA EN HUMANIDADES-LITERATURA por la UAM, maestra en Filosofía y licenciada en Letras Españolas por la UG, es profesora en el Departamento de Letras Hispánicas de esta última institución. Obtuvo el Premio Nacional de Ensayo Literario José Revueltas en 2007. Sus intereses de investigación se dirigen hacia la literatura en relación con la filosofía; la poesía hispanoamericana y la teoría literaria.

Es autora de los libros *Segovia* (2017), *Eliás Nandino. Entre la convicción y el temblor* (2015), *De la ironía, el amor y la seducción en Kierkegaard* (2014), *Anagnórisis: el territorio de la reconciliación* (2013). Ha coordinado y editado el libro *Al encuentro del sentido. Diálogos entre la literatura y la filosofía* (2017).

Entre sus artículos se encuentran: “Porfirio Barba Jacob: la ira sostenida”, *Valenciana* (2020,

núm. 26, pp. 55-80); “Rosario Castellanos: los derroteros de la impiedad”, *Feminismo/s* (2020, núm. 36, pp. 231-253); en coautoría con Asunción Rangel, “Las aguas del corazón: consideraciones sobre la poesía de Ramón Xirau”, *América sin nombre* (2018, núm. 23, pp. 221-229); en coautoría con Asunción Rangel, “Lo que se tiene. El intimismo y otros aspectos en la poesía de Fina García Marruz”, *e-Scripta Romanica* (2016, núm. 3, pp. 50-62); “Las poetas en la revista literaria mexicana *Rueca* (1941-1952)”, *Nueva Revista del Pacífico* (2018, núm. 68, pp. 147-161); “*Segrel*, una curiosidad de españoles e hijos de españoles en México”, *Cuadernos del Hipogrifo. Revista de Literatura Hispanoamericana y Comparada* (2015, vol. 3, pp. 16-27).

*Otros títulos de la Galería  
de Ideas y Letras*

Pequeña Galería del Escritor  
Hispanoamericano

1. *Pacheco*, Asunción Rangel y Jorge Guerrero
2. *Piñera*, Rogelio Castro Rocha
3. *Carpentier*, Andreas Kurz
4. *García Márquez*, Felipe Oliver Fuentes K.
5. *Revueltas*, Elba Sánchez y Gerardo Frías
6. *J. R. Jiménez*, Juan Pascual Gay
7. *Mistral*, Magda Sepúlveda Eriz
8. *Cortázar*, Roberto Ferro
9. *Huidobro*, Benjamín Valdivia
10. *Huerta*, Asunción Rangel y Carlos  
Ulises Mata
11. *Arreola*, Carlomagno Sol
12. *Mariátegui*, Jaime Villarreal
13. *Segovia*, Lilia Solórzano
14. *Rulfo*, Ramón Bárcenas
15. *Reyes*, Víctor Barrera Enderle

16. *Novo*, Anuar Jalife
17. *Dueñas*, Gabriela Trejo
18. *Torri*, Ernesto Sánchez
19. *Xirau*, Lilia Solórzano

*De próxima aparición*

20. *Paz*, Malva Flores

### Pequeña Galería del Pensamiento

1. *Hegel*, Rodolfo Cortés del Moral
2. *Aristóteles*, María Teresa Sánchez Mier
3. *T. W. Adorno*, Javier Corona
4. *Heidegger*, Patricia Castillo
5. *Foucault*, Cuauhtémoc Nattahí Hernández Martínez
6. *Descartes*, Mónica Uribe
7. *Spinoza*, Rodolfo Cortés del Moral

### Pequeña Galería de la Cinematografía

1. *Buñuel*, Liliana García
2. *Cazals*, Alejandra Rojas Limón
3. *Chicano*, Alfonso Vázquez Pérez

## Aguafuerte

1. *Absoluto amor. Cuatro poemas y una carta de Efraín Huerta.* Presentación de Carlos Ulises Mata.
2. *Alfonso Reyes. Apuntes sobre Maquiavelo y una carta con epígrafe.* Presentación de Alberto Enríquez Perea.



GOBIERNO DEL ESTADO DE GUANAJUATO

Gobernador Constitucional del Estado  
de Guanajuato

*Diego Sinhue Rodríguez Vallejo*

Directora General del Instituto Estatal de la Cultura de  
Guanajuato

*Adriana Camarena de Obeso*

Director Editorial

*Mauricio Vázquez González*

UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO

Rector General

*Dr. Luis Felipe Guerrero Agripino*

Secretaria General

*Dra. Cecilia Ramos Estrada*

Secretario Académico

*Dr. Sergio Antonio Silva Muñoz*

Secretario de Gestión y Desarrollo

*Dr. Jorge Alberto Romero Hidalgo*

CAMPUS GUANAJUATO

Rectora

*Dra. Teresita de Jesús Rendón Huerta Barrera*

Secretaria Académica

*Dra. Claudia Gutiérrez Padilla*

Director de la División  
de Ciencias Sociales y Humanidades

*Dr. Miguel Ángel Hernández Fuentes*

Director del Departamento  
de Letras Hispánicas

*Dr. Andreas Kurz*

*Xirau*, décimo noveno título de la colección Pequeña Galería del Escritor Hispanoamericano, se terminó de editar y digitalizar en diciembre de 2020, en la División de Ciencias Sociales y Humanidades, Campus Guanajuato de la Universidad de Guanajuato.

El cuidado de la edición estuvo a cargo de Ernesto Sánchez Pineda. El diseño de los forros es de Lilian Bello-Suazo.